



LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando, unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó de Crochét. Precio de la suscripción 9 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

LA MUJER.

ESTUDIOS MORALES,

POR

LA SEÑORA DOÑA MARÍA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

SEGUNDA SERIE.

ARTÍCULO III.

LA RESERVA Y EL DISIMULO.

I.

La reserva y el disimulo son dos cosas muy distintas y, como la vanidad con el orgullo y la amabilidad con la bondad, se confunden á primera vista produciendo casi siempre efectos muy funestos.

¡Cuántas mujeres hay que son buenas en el fondo, santas en el corazón, y ya sea que por no saber distinguir lo verdadero de lo falso, ó bien porque jamás han dedicado un breve espacio de tiempo á la meditación, caen en faltas, cuya existencia ignoran, esponiéndose á la despiadada censura del mundo!

Mas de una ejemplar é irrepreensible criatura es juzgada ligera é inhumanamente por la ciega y maligna sociedad, mientras que muchas, que realmente son muy culpables, pasan con la frente erguida y reciben el acatamiento debido solo á la verdadera virtud.

Pero estas criaturas llevan el castigo en su conciencia: dejadlas, sin envidiar sus triunfos, y procurad buscar en el cumplimiento de vuestros deberes el camino mas suave de la vida.

Porque suave, muy suave es el camino del bien, y á veces tengo por una paradoja el tan conocido axioma de que el camino del cielo está sembrado de espinas.

DICIEMBRE.

Si son espinas el no correr de placer en placer, ó por mejor decir, de fiesta en fiesta, porque el mundo da pocos placeres: si son espinas el no tener riquezas, joyas, carruajes y palacios para todas las estaciones, concibo el axioma arriba citado, aunque en este caso seria asentar que los ricos tenian cerrada la puerta del cielo.

Pero si se mira la vida bajo su aspecto verdadero y mas dulce; si se existe, no para los goces materiales y groseros, sino para los goces de la inteligencia, para el trabajo, para el amor, para la amistad, la vida es buena y hermosa, y los mortales debemos dar incesantemente gracias á nuestro criador porque nos la ha concedido.

Mi principal cuidado en esta segunda colección de estudios es daros á conocer, jóvenes lectoras mías, aquellos defectos que se confunden ó pueden confundirse con las virtudes, su saludable antítesis; porque, ¿no es en efecto muy doloroso que creyendo poseer una buena cualidad ó practicar una virtud, caigais en el defecto contrario? ¿De qué os sirve entonces vuestra índole privilegiada, vuestra propensión al bien? De nada, si una mano amiga no os muestra vuestro camino libre de las nieblas de la duda.

II.

La reserva y el disimulo, que son la buena cualidad y el odioso defecto que sirven de base á este artículo, se confunden, como antes he dicho, con mucha frecuencia.

Hay quien por huir del *disimulo*, *simulación* ó *fingimiento*, que las tres cosas son muy parecidas, se olvida completamente de la reserva, y haciendo alarde de sinceridad y franqueza dice todo lo que hace, lo que proyecta hacer y hasta lo que piensa.

Hay, vice versa, quien tratando de tener una prudente reserva, recata de tal modo sus sen-

timientos que dice todo lo contrario de lo que siente, que se violenta para que no solo sus palabras sino la espresion de su fisonomía, en- gañen hasta á sus mejores amigos.

Estas gentes son dignas de compasion: esclavas de su ridícula manía, desconocen las dulces expansiones de la amistad y el encanto de la confianza: estos seres deben ser necesariamente descreidos, hostiles á la sociedad, y amargados por ella, pues de lo contrario no se impondrian un martirio tan insoportable.

Es verdad que suelen conseguir mejor que nadie el logro de sus fines: es verdad que suelen salvar con rapidez los escalones de la fortuna.

Mas ¿qué importa todo esto si sus corazones se van quedando vacíos y solo hay savia en sus cabezas? ¿Qué importa, si no tienen familia ni amigos, porque desconfian del amor y de la amistad? ¿Qué importa, si se condenan á vivir solos en medio del mundo, como la roca en medio de los mares?

Mas que ese disimulo homicida, vale, sí, una estremada franqueza, aunque esta traiga casi siempre tristes consecuencias?

Lo que nos hace estimables y estimados es un justo medio entre esos dos extremos; y un justo medio es tambien lo que hace vivir con tranquilidad y sin la zozobra que acompaña comunmente lo mismo á la escensiva franqueza que al estudiado disimulo.

La reflexion y el raciocinio son generalmente los que deben aconsejar cuando conviene una generosa franqueza y una prudente reserva.

El disimulo nunca es conveniente.

La reserva hace guardar silencio cuando lo que vamos á decir puede perjudicar; ya sea á nosotros, ya á otras personas; pero el disimulo ó simulacion enseña á mentir, disfrazando lo que se siente, por poca importancia que esto tenga.

Segun la edad, puede ser la mujer mas ó menos esplicita: á una jóven conviene siempre la reserva en todas sus acciones, en todas sus palabras: su reputacion es un cristal purísimo que la mas leve sombra basta á empañar, sin contar con los borrones con que pueden mancharle la envidia, la calumnia ó la maledicencia.

La reserva no rebaja las buenas cualidades de una amable jóven, antes bien las hace resaltar y las comunica nuevo brillo y mayor mérito: porque la reserva nace casi siempre de la modestia, y la modestia es el mas hermoso atributo de una jóven.

Yo quiero dedicar un artículo entero á la modestia, y él será, lectoras mías, la corona de

violetas que adorne el ramillete de inmarcesibles flores que se llaman virtudes.

Pero antes de seguir recomendándoos la reserva y afeando el disimulo, necesito distinguir á vuestros ojos aquella virtud de este defecto, pues si no me comprendéis bien y con claridad, será inútil todo cuanto os hable de una y de otro.

III.

Reserva es ese sentimiento de pudor y delicadeza que nos hace recoger nuestras sensaciones, gratas ó dolorosas, en el fondo de nuestro corazon, como recojemos una flor querida dentro de una caja para que no se evapore su perfume.

Reserva es una fuerza misteriosa que nos impele á ocultar y corregir nuestros defectos en vez de hacer un ridículo alarde de ellos.

La reserva nos induce igualmente á callar los defectos de las personas que nos son amadas, y aun de aquellas que nos son indiferentes, por la ley santa de la caridad.

La reserva nos hace callar tambien nuestros proyectos para lo presente ó lo futuro, mas que por desconfianza, por el temor de hacer un ridículo papel si se malograsen por uno de esos eventos de que está llena nuestra vida.

La reserva nos hace guardar dentro del alma algunas santas y respetables tristezas que el mundo no comprenderia y que para nosotros son tan sagradas como queridas.

¿Qué conseguirá una madre contando las faltas de sus hijos aunque sea á su mejor amiga y en el secreto de la confianza? Rebajar á los ojos de quien la escucha aquellos mismos hijos á quienes, en lo íntimo de su corazon, no puede dejar de amar.

Así pues, mil veces mejor haria esa mujer siendo reservada y ofreciéndolos á los piés de la reina del cielo, amparo comun de todas las madres.

¿Inspirará simpatías la jóven que refiera, quejándose de ellos, los defectos de sus padres y de su esposo, por graves, por odiosos que estos defectos sean, por mucho que la hagan sufrir? Lejos de conquistarse afectos, solo obtendrá una lástima mezclada de repulsion, porque infringe el mas santo de sus deberes publicando las faltas de aquellas personas á quienes la cumple amar y respetar mas que á nadie en el mundo.

¡Bendita sea la reserva que recomienda el silencio en tales casos! La mujer que no la rechace será admirada, bendecida é imitada por todas las almas religiosas y buenas.

La reserva es indispensable tratándose de

los asuntos ó de los intereses ajenos ó de aquellos que nos son propios, pero en los cuales están mezclados los de otras personas: únicamente en los que nos conciernen á nosotros solos, nos es dado usar de franqueza confiándolos á otras personas.

El tacto está en saber elegir las personas que han de poseer nuestra confianza, no equivocando los falsos amigos, ó los amigos de sociedad, con los verdaderos; pero este particular pide un artículo separado, porque la amistad es un afecto que tiene mucha influencia en la desdicha ó la infelicidad de nuestra vida.

Quiero hablaros aun de la reserva, de esa bella y recomendable cualidad que tan bien sienta á las jóvenes, y que tan necesaria es á la mujer en general, sea cualquiera su edad y su posición.

La persona que se deja arrastrar de una excesiva franqueza, puede cometer mil imprudencias sin que se aperciba de ello: puede ser causa de graves desgracias que despues deplorará amargamente, porque en lo general, las muy francas y sinceras están dotadas de un excelente corazón.

—Qué franca es la señorita B...! me decía no ha mucho tiempo una señora en extremo curiosa; por ella sé todo lo que pasa en su casa, los trages que estrenan ella y su hermana, las veces que salen, las cuestiones que tienen lugar entre su padre y su madre, los platos que se sirven á su mesa, y el estado de todos los negocios de su familia.

—Pero señora, exclamé sin poderme contener; ¿por qué escucha V. á esa imprudente joven? ¿Qué dirán sus padres si se divulgan todos sus asuntos y las escenas de su vida privada?

—¿Y yo por qué me he de inquietar por eso? ¿Tengo yo la culpa de que su hija sea tan habladora?

—Pero, amiga mía, si V. no la oyese!....

—Si yo no la oyese, lo iría á contar á otras personas, porque la que sale propensa á hablar, habla aunque sea sola y no hay que agradecerla sus confianzas: no faltaría quien la escuchase y lo divulgase mas que yo, que solo cuento á mi marido y á alguna que otra amiga lo que me dice.

Estas palabras me enseñaron todo lo que hay de perjudicial en una excesiva franqueza: las personas á quienes se cuentan las cosas que deben estar reservadas, lejos de agradecerlo, culpan la propensión á hablar á la cual deben unas imprudentes confianzas que pueden comprometerlas.

IV.

¿No habeis visto muchas veces, lectoras mías, en el círculo de vuestras relaciones, no habeis visto algunas mujeres mas consideradas, mas respetadas que otras, aunque la fortuna y la naturaleza no las hayan concedido grandes dotes?

Pues es que esas mujeres se envuelven en delicada reserva como en un manto de esquisita y perfumada seda.

Usanla hasta en medio de su familia, y el pedestal en que están colocadas y que se han fabricado ellas mismas parece tan alto, porque, si no ocultan, no hacen alarde al menos de las necesidades, de las dichas, de los dolores de su vida.

La reserva no consiste en disimular ó mentir: consiste en callar casi siempre: la reserva es velar ó recatar de las miradas profanas, frias y burlonas del mundo, las sensaciones y los afectos de la vida.

Las mujeres que poseen una reserva delicada y digna, tienen algo de elevado y sobrenatural: nunca se ve en ellas mas que lo bello, lo ideal; y conservan las ilusiones á todas las personas que las tratan, y lo que es mucho mas precioso, hasta á su propia familia.

Sus esposos no encuentran en ellas esa parte de grosero materialismo, verdugo del amor: sus hijos las ven siempre elevadas y sublimes, porque en la mísera condicion humana, es lo mejor aquello que menos se comprende, aquello que aparece mas vago y mas velado.

Una mujer pudorosamente reservada, virtuosa, dotada de bondad y adornada de esa encantadora coquetería, de ese tacto y buen gusto que ya en otro artículo os recomendé, es el bello ideal de su sexo, es la criatura mas simpática y que mas atractivos ejerce, aunque la naturaleza la haya favorecido muy poco con sus gracias.

Muy breves serán las palabras que dedique ya á la simulacion ó al disimulo: este defecto es raro en la mujer y enteramente ajeno de la juventud; y la que esto escribe es joven, y á la juventud se dirige.

¿Para qué necesita la mujer ser fingida ó disimulada? Dejemos tan inmenso trabajo al hombre político, al hombre de graves negocios y ambiciosos planes: la mujer, destinada á imperar en el hogar doméstico, á labrar la dicha y embellecer la vida de los seres que la rodean, no ha menester mas que de una amable franqueza ó de una prudente y bien entendida reserva.

La franqueza debe usarla siempre que sus

padres ó su esposo la interroguen acerca de algun punto importante, en cuanto á sus sentimientos ó á su corazón. ¿Para qué hemos de usar de reserva con los seres que mas nos aman? ¡Es tan dulce el manifestar alguna vez el corazón abierto de par en par á las personas que amamos y que nos aman!...

Una madre debe tambien ser franca con sus hijos en muchas ocasiones: debe advertirles sus defectos y reprendérselos, con firmeza siempre, con rigor y severidad, cuando estos defectos, por leves que sean, emanan de una mala índole ó de sentimientos perversos.

Pero una buena madre es reservada al mismo tiempo en ciertas circunstancias: es reservada para la sociedad porque los mismos defectos que castiga á sus hijos en la soledad de su hogar, los reserva al mundo con el mas escrupuloso cuidado y la mas esquisita solicitud.

¡Santa y difícil mision de las madres que reúne y aduna en sí la bondad y la firmeza; la franqueza y la reserva; la dulzura y la severidad!

Señor! á la mujer que se presente delante de tu trono habiendo sido buena esposa y buena madre, yo sé de fijo que pondrás en su frente una doble corona de gloria, y que la destinarás á tu derecha un trono de inmarcesibles palmas, tejido por tus ángeles mas queridos!

V.

Muchas veces una franqueza escensiva ha privado de un buen amigo, convirtiéndole en un enemigo irreconciliable; porque hay en ciertas almas tal dosis de vanidad, que no pueden soportar una verdad.

Con esas personas es mejor guardar un prudente silencio, ó dar una respuesta evasiva aun cuando consulten vuestra opinion.

Debe procurarse ante todo no herir nunca el amor propio de nadie, porque estas llagas no se curan jamás.

No hagais á otro la confianza de los defectos de vuestros amigos.

No descubrais las flaquezas ajenas: para huir de una persona, cuyo trato fastidia, no hay que zaherirla, criticarla ó ponerla en ridículo: basta con retirarse poco á poco de su amistad, empleando el suficiente tacto y delicadeza, y dando alguna excusa política y verosímil para que no se ofenda.

En esto consiste la reserva prudente y bien entendida, y esta reserva es cuanto necesita la mujer para ser estimada, estimable y considerada.

Si la mujer se concreta á reservar sus sen-

timientos y sus sensaciones para las personas que ama, no caerá en el disimulo tan perjudicial y tan odioso.

Si se acostumbra á una escensiva franqueza, concede á todos lo que solo debe conceder á los objetos de su amor: porque ¿en qué estriba el amor sino en hacer partícipes de todos nuestros pensamientos, de todas nuestras sensaciones, á otro ser que se ha hecho dueño de todos los latidos de nuestro corazón? Ah! La mujer que prodiga á cuantos trata estos tesoros, ¿qué dará ya á las personas á quienes ame que estas puedan estimar?

Si todas las mujeres supieran unir la dulce reserva con una tierna sinceridad, el prestigio de nuestro sexo seria inmenso, y pocas, muy pocas carecerian de la general estimacion.

MARIA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

NOCHE BUENA.

Ya viene la Noche Buena
con su vecina la Pascua;
para unos es Noche Buena,
para otros es noche mala.

I.

Sube, sube, campanero,
á la torre de la iglesia
y repica las campanas,
que esta noche están de fiesta
los ángeles en el cielo
y los hombres en la tierra.—
Los cierzos del Guadarrama
silban en la chimenea
y la nieve cubre el monte,
y la colina y la vega,
y hasta en el rojo tejado
de mi casita blanquea;
pero verás como pongo
en el hogar otra cepa
y junto á la cepa un jarro
del tinto de mi bodega,
y entonces deja que caiga
toda la nieve que quiera
y que los cierzos helados
silben en la chimenea,
que ni la nieve ni el cierzo
harán en mi cuerpo mella
sirviéndome de resguardo
y dándome fortaleza
chispas de vino por dentro,
chispas de fuego por fuera,
que vino y fuego esta noche
en los hogares chispean.—
Campanero, toma un jarro
del tinto de mi bodega
y bébelo y luego sube
á la torre de la iglesia,
y tocando las campanas
hasta que rompas la cuerda,

lanza un *hosanna* bendito
á los cielos y á la tierra,
que, campanero del alma,
esta noche es Noche-Buena.

II.

Gloriosa Virgen María,
madre y abogada nuestra,
¡que alegre al pueblo cristiano
tu alumbramiento celebra!
Ya la paz entre los hombres
de buena voluntad reina,
que el fruto de tus entrañas
es el mensajero de ella.
Esta noche el hijo pródigo
que por el mundo se fuera
torna al hogar de sus padres
lleno de amor y obediencia
y amor y misericordia
le reciben á la puerta.
Esta noche el desterrado
que vaga en lejanas tierras
ve en su triste corazón
renacer con dobles fuerzas
el santo amor de la patria
que en su corazón muriera
y á la tierra que maldijo,
la ingratitud viendo en ella,
hoy su bendición envía
en una oración envuelta.
Lo mismo en la humilde choza
que en la morada soberbia
blancas espirales de humo
hacia los cielos se elevan.
Son el tributo de gracias
que dan á la Providencia
los animados hogares
donde la abundancia reina,
que el pobre tiene esta noche
gracia de Dios en su mesa.—
El viento del Guadarrama
que silba en la chimenea
me trae los santos cantares
que en todas partes celebran
tu bendito alumbramiento,
gloria de cielos y tierra,
sagrada Virgen María
madre y abogada nuestra!
Campanero, sube, sube
á la torre de la iglesia
y tus *hosannas*, de gozo
el universo estremezcan,
que á cumplirse van los santos
vaticinios del profeta,
que, campanero del alma,
esta noche es Noche-Buena.

III.

Nada me falta en el mundo:
tengo salud, tengo hacienda
y tengo el alma tranquila....
¡Dios mío, bendito seas!—
Bebamos, pues, y brindemos
con este sabroso néctar
como brindaban mis padres
que Dios en su gloria tenga.
—'Porque el Señor nos reuna
muchas noches como esta!';
así era el solemne brindis

de mi padre en Noche-Buena,
y así el de la santa madre
que tengo bajo la tierra!
Yo no puedo repetirlo,
que la soledad me cerca,
que de padres y de hermanos
solo el recuerdo me queda,
que unos me robó la muerte
y otros me robó la ausencia!
Padres y hermanos del alma,
quién os viera, quién os viera
en este hogar solitario
donde muero de tristeza!
Parece que os estoy viendo
en derredor de esta mesa:
aquí á la diestra, mi madre,
mi padre, aquí á la siniestra,
allí enfrente, mis hermanos,
aquí, mis hermanas bellas,
y sobre todos, el ángel
del amor y la indulgencia!—
Baja, campanero, baja
de la torre de la iglesia
ó con el toque de gloria
el toque de muerto alterna,
que esta noche es para mí
la noche de las tristezas,
que esta noche es noche mala
y esta noche es Noche-Buena.

IV.

(A Pedro Antonio de Alarcón.)

Hermano del alma mía,
como yo triste poeta
que con los mortales vives
y con los ángeles sueñas,
¿no es verdad que así esta noche
placer y dolor se mezclan?
Rico tú de sentimiento
y rico de inteligencia,
alza tu voz poderosa
y dile al que no me crea:
—Detrás de Sierra-Nevada
llora una madre mi ausencia
y al hijo de sus entrañas
ved aquí llorar por ella!
Si no veis padres y hermanos
sentados á vuestra mesa
y no llorais como lloro,
¡teneis corazón de piedra!—
Mientras otros el divino
alumbramiento celebran
de la madre de Jesús,
lloraremos por las nuestras!
Si á esas lágrimas de gozo
van las de nuestras tristezas,
sobre nosotros María
tenderá su santa diestra;
¡que ella también tiene hijos!
¡que madre también es ella!

ANTONIO DE TRUEBA.

NUEVO MANUAL DE SEÑORITAS.

Del arte de hacer tapetes y de trabajar en cañamazo.—Continuacion.

Sin embargo, este se diferencia bastante, lo primero porque siempre va en línea recta, y lo segundo porque se pasa dos veces la aguja en un agujero del cañamazo ó trama; de este modo dichos cuadros presentan una especie de relieve ó realce rodeado con un surco ligero. Por la naturaleza de este punto y por la necesidad de cubrir sin interrupcion la trama ó cañamazo, se hace siempre el tapete con esta especie de punto de diferentes colores, para que se distingan mejor los cuadros, que á no ser así solo se percibirían por los surcos ó rayas formadas al cojer los puntos.

11. Los *losanges* se hacen con muy corta diferencia. Se coje igualmente un cuadrado compuesto de cuatro ú ocho hilos en los dos sentidos, pero en lugar de cubrirle á lo ancho como el precedente, se ladea el cañamazo hácia la izquierda, y se coje el primer punto en bies de derecha á izquierda, en el ángulo de la derecha mas inmediato á la que trabaja. Continúase abrazando á cada punto otros dos nuevos hilos comprendidos en el cuadrado colocado en bies ó al sesgo hasta llegar á los ángulos opuestos de en medio, y desde allí se continúan los puntos, cogiendo en cada uno dos hilos de menos, pues los hilos se van acercando para terminar en dos. En los cuadros se han reunido ambas clases para que se comprendan mejor y para manifestar la diferente direccion, se ha indicado esta con puntitos.

El *losange* requiere pues el mismo punto que el cuadro, é igualmente pide muchos colores diversos para que se distinga su forma. Mas adelante diremos como se casan los colores, pues ahora vamos á hablar del tapete de piés ó alfombrita.

Del tapete de piés ó pequeña alfombra.

12. Los cañamazos que sirven tanto para hacer este tapete como los otros, se venden ya con los dibujos, y cortados segun los tamaños de que se piden. Por esto no tengo necesidad de tratar acerca de su preparacion, y aun pudiera ahorrar este tratado, si hicieran todas lo que acostumbran algunas poco trabajadoras, que para tener una obra bonita y con poco trabajo suyo, compran cañamazos, en los cuales las flores y dibujos están perfectamente matizados y aun concluidos, y no les resta otra

cosa que hacer que el fondo de un color y fácil, atribuyéndose luego y alabándose de que le han hecho enteramente. En efecto, se hallan de venta en las lonjas tapetes semejantes, y se hallan tambien muchas personas que se valen de ellos, pero estas sin duda no necesitan de mis instrucciones.

13. Los otros mas comunes, y que nos hacen únicamente al caso, no tienen mas que los dibujos trazados en negro, y así será muy útil tener un modelo iluminado para imitar los matices. Si este tapete es de pequeña dimension, ó no tiene mas que un dibujo ligero, puede bastar el modelo imitándole, contando los cuadritos en que se divide y que corresponden á los hilos del cañamazo; bien que tambien debemos confesar que la falta de dibujo pide mas tiempo, exige mayor cuidado y atencion, y embaraza á cada momento á las personas que no están muy habituadas á este género de trabajo.

14. Primeramente se escojerán las lanas correspondientes no solo con respecto á los colores que representa el dibujo, sino tambien á la calidad del tapete. Si es bueno será necesario estambre; si mediano, doble broca; y si inferior, de un hilo. Tales son las denominaciones que se dan á las diferentes especies de lanas que se emplean en esta labor. Además se tomarán agujas sin punta, que se llaman *agujas para cañamazo*, y se enhebrarán muchas á prevencion, porque no se corta la hebra á medida que se varia de color, y hay que tener prevenida la aguja que haya de reemplazar á la que se deja. Preparado esto, se comenzará por el ramo ó florón colocado en medio del tapete, haciendo al mismo paso el fondo que hay entre las flores: los matices se variarán conforme lo indique el dibujo, fundiendo los puntos unos en otros, y apretándolos mas donde se figuren las venas y picos de las flores para señalarlos mejor, mediante á que en todo lo demás el punto será siempre igual y poco apretado, para que el tapete sea muy flexible, y mientras se haga el fondo y cenefa se cubrirá el florón con papel.

15. Acabado así el tapete, se le afelpará con lana mas ó menos segun la elevacion ó espesor que se le quiera dar, y luego se forrará con una tela de lana ó con otra del color del fondo. Despues se rebatirá la orilla de dicho tapete con una costura de *punto de forrado*, que es el que se usa para rebatir los forros, y sujetarlo con la tela á las orillas.

16. Si se quiere que el tapete no tenga tanto espesor y vaya guarnecido con franjas, entonces no se rehinchirá de lana, y se procederá del modo siguiente:

Se cojerá por la orilla ó borde entre los dedos pulgar y de en medio de la mano izquierda, y con ellos se redoblará sobre el índice. Si la franja ha de tener varias listas, se dejará mas tela antes de comenzar la primera, y como siempre se deja una tira estrecha en el canmazo sin cubrirla de puntos todo al rededor del tapete, esta tira nos servirá ahora para la presente operacion. Tomadas las medidas necesarias, se enhebrará la aguja con una hebra muy larga de lana doble, la cual aun se volverá á doblar, resultando una hebra de cuatro hilos, y se clavará esta aguja sobre la fila que se va á hacer con un medio punto; despues, acomodando sobre esta misma fila una especie de regla de una pulgada de ancho, con corta diferencia, y de un pié de largo, se pasará la hebra por debajo de esta regla, que se llama *molde* y se irá á concluir el punto cuando ya se haya abrazado todo el molde.

Guarnecido de este modo todo un lado del tapete, se saca enteramente el molde y se pasa á hacer lo mismo al otro lado, y así sucesivamente hasta concluir el cuarto, lo cual verificado, se alzarán todos los lazos producidos por estas puntadas dadas sobre la regla ó molde, y se hilvanarán al tapete, á fin de que no estorven para hacer la segunda fila de franja, que se efectuará del mismo modo que la primera, y concluida se alzarán é hilvanarán igualmente los lazos. La tercera se ejecutará como las dos precedentes, á escepcion de que la puntada irá mucho mas floja, ó se usará de una regla mas ancha, queriendo, como es lo comun, que la franja sea mas larga en la última fila. Luego que se haya terminado, se coserá el forro á la orilla del tapiz con un sujeto ó punto de bastilla; y despues, metiendo unas tigas grandes por cada fila de lazos, se cortarán por medio y se limpiarán y peinarán con la punta de las mismas tigas, con lo que resultará una especie de deshulado ó fleco de lana, que le guarnecerá todo al rededor haciendo buena vista.

17. Lo comun es hacer este fleco solo de color del fondo, pero tambien se hace mezclando los colores del dibujo. Por ejemplo, á un tapete de fondo verde, cuyo floron es de granadas ó de flores de amapolas violadas, se le echa una fila de lazos de lana encarnada, luego otra de color verde, la tercera de violeta, y la última del color de la segunda (verde). No pocas veces se hacen tambien franjas que imiten las flores que lleva el tapete, y son seguramente las mas lindas. De ellas hablaré cuando describa el tapete floreado, al cual se destina especialmente, aunque ya suele echarse en los almohadones y alfombras.

Cuando estas se hacen con punto de cuadritos ó con el de losanges, de que hemos tratado al principio de este capítulo, esta franja solo lleva dos colores de que consta el tapete para los piés ó alfombra.

De las tapetas para cubrir muebles.

18. Destínanse estas tapetas para cubrir los sillones, canapés, sofás, sillas poltronas y almohadones de salon. Aunque esta obra es hermosa y de mérito, no obstante no tendré que detenerme mucho en su descripcion. Elegido que sea el dibujo conveniente, es menester ejecutarle con exactitud, siguiendo en todo el método indicado para las alfombras, y á fin de abreviar su labor, se podrán hacer los dibujos y flores á punto de tapiz, y el fondo á cuadros ó á losanges con dos colores verdes que no resalten demasiado; sin embargo seria mucho mejor servirse sin interrupcion del punto de tapiz.

Estos paños ó cubiertas, que llamamos *tapetas*, no piden franjas; y como se hacen sencillas, ofrecen menos que decir sobre sus adornos accesorios, que sobre lo principal. Las almohadas ó cogines serán las únicas que me detengan por algunos momentos, y como aun las jóvenes podrán muy bien encargarse de hacerlas, voy inmediatamente á instruir las acerca del modo de poder desempeñarlas.

19. Se cosen cuatro tiras de tela muy basta á otro pedazo tambien cuadrado que hace el fondo, y tanto el tamaño de este como el de aquellas, se medirá por el que se quiera dar á la almohada. El ancho suele ser de un pié, pero su alto ó espesor varia considerablemente. No hace muchos años que su altura no escedia de tres ó cuatro pulgadas, y ahora suele llegar á ocho, lo cual es mas cómodo y hace mejor vista.

Una vez cosida la tela del cugin, á punto de sujeto, se cubrirá dicha tela con lana de color del fondo, y se señalarán las costuras por medio de unos *vivos* ó *junquitos*, que se hacen sobre los bordes de un cugin cuadrado, con un bramante ó cordon cubierto con una tiritita de la misma tela, cuyas orillas se pierden y se cosen de llano debajo de las dos partes unidas de la tela del cugin, que es como se pegan tambien las presillas ó alamares cubiertos en los vestidos. Dispuesto así el almohadon se rehinchirá primero con raeduras de ballena, que venden ya para este efecto, luego de cerda, y por último de lana, colocando las camas de estas diferentes materias una sobre otra y bien iguales. Luego se cerrará este almohadon cosiendo por encima un pedazo de tela

cuadrado igual al del fondo ó suelo, y despues se le cubrirá con el tapiz, haciendo un vivo ó junquillo todo al rededor.

Si se quiere que este almohadon sea mas de moda y de una vista muy agradable, antes de coserle se harán unas franjas del modo que explicaré muy presto hablando del tapete con flores, etc.

(Se continuará.)

LAS SIETE VIRTUDES CAPITALES.

NOVELA ORIGINAL

DE

Doña Robustiana Armiño de Cuesta.

Contra Pereza Diligencia.

QUINTA PARTE.

I.

EL CAZADOR COGIDO EN SU PROPIA RED.

—¿Qué haceis, la blanca niña, hija de padre traidor?
—Señor, peino mis cabellos; péinolos con gran dolor, que me dejais á mí sola y á los montes os vais vos.”

ROMANCERO.

Un año habia trascurrido ya desde la presentacion de Salvandy á la señora Magdalena de Bonmarché, y ni una sola queja tenia de ambos el soberbio Ascanio, que sin derecho alguno en verdad se habia abrogado un poder casi risible sobre el ingenio de Chateau-fort.

Y decimos casi risible, porque en su ambicion de apoderarse un dia del mando de aquella opulenta residencia, ocupábase sin cesar de que los fondos aumentasen, de que Magdalena y Salvandy sumisos como esclavos le presentasen las cuentas de la administracion, y ni una sola vez se habia atrevido á estraer un solo real del tesoro que con tanto afan codiciaba, viniendo de este modo á ser Magdalena la verdadera señora del ingenio.

En un principio Ascanio que desconfiaba, y no sin razon, venia todas las noches á Chateau-fort armado como una fortaleza contra cualquiera tentativa de asesinato, luego venia cada tercera noche, y últimamente satisfecho de la administracion de su protegido, habia

vuelto á su antigua costumbre de los jueves y lunes.

Nada en verdad mas caprichoso que la primera hora en que Colifichet y María se encontraron solos despues de una ausencia de mas de veinte años.

La jóven y graciosa corista se habia convertido en una mujer gastada y consumida por sus vicios y por su pertinaz achaque histérico. Sus cabellos cortos aunque cuidados y perfumados con el mayor esmero, presentaban algunos reflejos plateados que la perfumería no habia logrado oscurecer; sus meglillas marchitas, sus hundidas sienes y su boca desmantelada en parte, la hacian aparecer mas vieja de lo que era en realidad; pues la Bonmarché no pasaba de cuarenta y cuatro años, no contando mas que unos veinte y cuatro al entrar en la residencia, por mas que apareciese entonces de mas de treinta, como dejamos consignado en el principio de esta historia.

En cuanto al supuesto Salvandy ya era otra cosa. Fuese efecto de su esceleto naturaleza en la que ni el vicio habia logrado hacer mella, fuese que maestro en el artificio y en el uso de los cosméticos los emplease constantemente con buen éxito, lo cierto es que Leon que habia nacido un año antes que Magdalena, estaba entonces tan hermoso como pudiera estarlo á los veinte y dos años.

Su carácter jovial, su boca fresca y sonrosada en la que brillaba constantemente una graciosa sonrisa, su aparente sencillez, su atrevimiento y su elegancia le hacian parecer un jóven calavera de buen tono, iniciado en todos los refinamientos de la moda; por lo que antes de su caida era recibido en todas partes con gusto y en algunas con entusiasmo.

Sus cabellos rubios divididos con gracia sobre la frente, le prestaban un aspecto juvenil que hacia desesperar á Magdalena. La Bonmarché se devanaba en vano el cerebro por descifrar aquel enigma incomprensible, y se estasiaba contemplando el cútis rosado y terso de Colifichet, que como hemos dicho, contaba un año mas que ella, y que podia muy fácilmente pasar por su hijo.

Al encontrarse frente á frente los dos amigos, guardaron instintivamente silencio por algunos minutos; luego, cautelosos ambos, ambos amaestrados por la esperiencia y temiéndose espiados de cerca, cambiaron algunas palabras oficiales y se despidieron como dos personas que se tratan con la mas refinada etiqueta.

Pocos dias despues Colifichet y Magdalena hicieron como dos buenos y antiguos amigos una liga ofensiva y defensiva contra el mula-

to, combinando entre ambos un vastísimo plan cuya ejecución requería una constancia de meses y aun de años.

Esta combinación tan peligrosa como atrevida exigía tanta sagacidad, tanta osadía, y sobre todo tanta paciencia, que otros espíritus tenidos por fuertes hubieran sin duda flaqueado.

Pero Magdalena y Leon contaban con un elemento poderoso para llevar á cabo su difícil empresa; ninguna otra persona estaba iniciada en aquel peligroso secreto; la combinación, como la ejecución, eran un misterio para todos sin escepcion alguna.

Después de tomar todas las medidas para desorientar al mulato, y aun á los habitantes del ingenio que podían muy bien ser espías, decidieron que Leon fingiese amor á la señorita Silvina, poniendo en juego toda clase de resortes para fomentar mas y mas la indomable pereza que dominaba á la opulenta y descuidada criolla.

Ascanio notó no sin asombro la predilección del cajero por su señora, y se sonrió con esa sonrisa indefinible de los mulatos que envuelve casi siempre un sentimiento de crueldad.

Ascanio sabía muy bien que el amor violento é impetuoso no entraría jamás en aquella hermosa estatua, á la que casi por ironía se daba el nombre de señora.

¿Y si tal vez el francés lograra despertar en el alma de la perezosa un sentimiento hasta entonces desconocido para ella?

El mulato se estremeció á la sola idea de aquella posibilidad; mas luego acarició de una manera horrible la hoja de su puñal, y volvió á fumar tranquilamente su hermoso tabaco cimarrón.

El mulato era uno de esos hombres que aceptan todos los medios para llegar á un fin, y en verdad que habia tomado bien sus medidas: pero se olvidaba de que alguna vez el cazador se ve cogido en su propia red.

Lo que le chocaba aun mas que el galanteo de Leon Salvandy (Ascanio ignoraba que tuviese otro nombre), era el ensimismamiento en que habia entrado Magdalena. Sería casi siempre y retirada en su cuarto, entregada exclusivamente á los libros de devoción, y sobre todo tan cariñosa, tan humilde, que Ascanio esperó hácia ella una reminiscencia de cariño que se levantaba á la par de su ambición.

Mitad por costumbre y mitad por interés, el mulato continuaba prodigándole frases tiernísimas, que la perspicaz Magdalena tomaba en su verdadero valor.

Silvina que escuchó apenas las primeras

DICIEMBRE.

frases que le dirigiera Salvandy, experimentó á fuerza de oírlas una sensación que la seducía, como una música lejana y cadenciosa. Sus hermosos párpados dulcemente inclinados, se abrieron para contemplar de cerca al que tan suavemente la llamaba hermosa, y sin que su ser tomase una parte activa en aquella impresión, empezó á desear la presencia de aquel gallardo jóven, rodeado siempre de una atmósfera perfumada y cuyo canto melancólico y apasionado halagaba mas y mas su habitual indolencia.

El plan de Leon y de María Fleurette caminaba á las mil maravillas.

Silvina que hasta entonces habia, aunque trabajosamente, rubricado los documentos importantes, se negó resueltamente á aquel trabajo, delegando en su cajero-administrador la facultad de autorizar en su nombre todos los contratos.

Demasiado hábil para comprometer en lo mas mínimo el vasto plan que meditaba, Salvandy rehusó aquella honra indicando á la señora Bonmarché como mas antigua para desempeñar tan grave cometido.

Silvina consintió en ello con tal de que no la molestasen; pero Magdalena se negó resueltamente á admitir un cargo que la autorizaba para todo.

A pesar de su indolencia, Silvina se irritó cual nunca, jurando no volver á tomar la pluma aunque se hundiese el ingenio; y añadió tendiendo su mano á Salvandy:

—Cantad! cantad!

Magdalena colocó sus nerviosos y delgados dedos sobre los labios de Salvandy, y abrazándose á las rodillas de Silvina, renunció con voz clara y serena el cargo de ama de la residencia.

—Gran Dios! exclamó Silvina fuera de sí; ¿quereis hacerme morir? no! no! imposible.... Vos sois la señora de mi casa. Dejadme! dejadme!

—En ese caso, añadió Magdalena presentándole un papel en blanco; autorizadme para que lo sea.

—Sí, sí: ahora mismo.... firmaré por la última vez.... os lo juro.... pero estended vos el poder.

Magdalena estendió rápidamente un poder en toda regla, hizo venir al notario del ingenio, y Silvina le firmó á presencia de Salvandy y de dos capataces, que figuraron como testigos.

A la caída de la tarde Magdalena corrió á encerrarse en su gabinete, encendió una lámpara de alabastro que pendía del techo y empezó á pasear á lo largo de la habitación, dan-

22

do señales de impaciencia, y volviendo sin cesar los ojos hácia la reja del jardín.

A las primeras horas de la noche entró Ascanio.

—Ascanio! Ascanio! exclamó Magdalena presentándole la autorizacion; Dios nos proteja.... mirad! mirad!

El mulato tomó el papel de manos de Magdalena, lo leyó rápidamente y se dejó caer en el sofá casi convulso de alegría.

Por toda respuesta envió á Magdalena una sonrisa que hizo brillar sus dientes blancos y afilados como los de la liebre.

Magdalena tomó asiento á su lado en el sofá.

—Amigo mio! le repetía con cariñoso acento; ¿qué mas podemos esperar?

—Oh! sí! dijo al fin el mulato con emocion; si realmente me amais, sois.... somos.... ya los dueños de esta inmensa fortuna.

La Bonmarché fijó en él una mirada penetrante como una flecha.

—Perdonad!.... perdonad!.... Magdalena.... se apresuró á decir Ascanio besando su mano con efusion: la dicha me ha deslumbrado por un momento.... no sé lo que os he dicho.... Un poder!.... un poder!.... ah! cuán feliz sereis allá.... en New-York! qué hermosos dias nos esperan!...

Ascanio hablaba en aquel momento inspirado por el entusiasmo á la vista del poder real que residia en la Bonmarché; comprendió en un segundo que era preciso apoderarse para siempre de aquella mujer, y no vaciló en unir su suerte á la que desde aquel momento era la millonaria.

Magdalena no respondió; estaba visiblemente turbada, y sus ojos vagaban de un objeto á otro sin rumbo fijo.

—María! amada mía! esposa mía! se aventuró á decir Ascanio aturdido por aquel silencio.

—Soy María Fleurette, murmuró tranquilamente Magdalena.

—Calla! calla! no quiero saberlo, no lo he sabido nunca.... eres.... eres una sirena que me enloquece.... me seduce.... Oh! feliz el día que abandonemos para siempre las playas españolas.

Magdalena calló de nuevo; en sus labios pálidos y finos vagaba una sonrisa despreciativa que Ascanio no pudo percibir.

La lámpara suspendida al cielo raso por tres cadenillas de plata, esparcía sobre la estancia una dulce y tranquila claridad.

—¿Y qué haremos de la.... niña? preguntó al fin Magdalena accediendo tácitamente á las proposiciones del mulato.

—La niña! la niña.... repitió soezmente Ascanio, se la dejaremos á su amante.... eh?

—Sí.... sí.... á su amante.... repitió á su vez Magdalena, como si la idea de aquella inocente jóven la preocupase demasiado.

—Al fin... eso es lo de menos, añadió el mulato tendiéndole la mano y dirigiéndose á la reja; vos proveereis.... ¿no es verdad, querida mía?

Magdalena estrechó ligeramente aquella mano cobriza que la inspiraba á la vez horror y miedo.

—Encerrad el poder bajo la llavecita de oro, dijo Ascanio volviéndose hácia la Bonmarché.

Magdalena se sonrió haciendo un movimiento afirmativo, y acompañándole hácia la ventana.

—Qué diablo! añadió el mulato poniendo el pié en la escala de cuerda; vuestra omnipotencia os tiene singularmente preocupada.... Animo, Magdalena! Las grandes empresas solo se han hecho para las almas grandes.... no reparéis en los medios como los espíritus mezquinos.

—Teneis razon, dijo Magdalena maquinalmente; ¿á qué temer cuando somos dos, valientes ambos, ambos decididos? La union constituye la fuerza.

Ascanio cerró por fuera la reja, y Magdalena echó el cerrojo á la contraventana, como si temiese ser acechada.

Apenas se encontró sola se dejó caer en el sofá, cubriéndose el rostro con las manos.

—Vergüenza! oprobio! murmuró con estravío: la mano del asesino de Chateau-fort! jamás!.... Leon! tan hermoso! tan alegre! Oh! á lo menos sus manos no están manchadas con ningún crimen!

Y así era en verdad: Leon disipado, ateo, deshonorado por sus intrigas y sus abusos de confianza, no se había batido una sola vez porque era cobarde, no había vertido todavía la primera gota de sangre porque no era cruel.

Magdalena cediendo á una preocupacion femenil, corrió á perfumarse las manos con las mejores esencias de la casa *Mangonet et Coudrai*, y aspirando el aroma con avidez repetía:

—Dios mio! qué olor á sangre!

Una dama célebre al salir para un baile cubierta de diamantes, decia restregando sus manos perfumadas:

«Dios mio! qué olor á muerto!»

La Bonmarché acostumbrada á la intriga; la Bonmarché indiferente á todos los dolores y á todos los infortunios, habia sentido helarse su sangre al oírse llamar *esposa* por un asesino soez y desalmado.

A la muerte de Chateau-fort la idea de un

envenenamiento misterioso había resbalado por la imaginación de Magdalena; y sus sospechas, como era natural, recayeron en Zafiro, aunque la sutil ama de gobierno guardó aquellas sospechas en lo más recóndito de su alma.

Pero cuando en una de sus más íntimas confidencias Ascanio presentó á Magdalena como una prueba de su amor el asesinato de Chateau-fort, jactándose de haberle llevado á cabo con tanta felicidad, el mulato no fué ya más que un monstruo para ella; y sus atenciones, su aparente sumisión no eran otra cosa que un engaño para aumentar á mansalva su ya considerable capital.

Además, desde aquel momento tenía miedo, un miedo terrible, porque á la menor sospecha de desconfianza el mulato podía muy bien emplear contra ella los medios de destrucción que había empleado contra su señor.

Por eso se veía Magdalena forzada á presentar al mulato sus cuentas; por eso debía fingir que le amaba, y encubrir al que tan generoso se había mostrado con ella.

La llegada de Salvandy había venido á iluminar á la Bonmarché acerca de su siempre oscuro porvenir.

Amigos antiguos, abundando en las mismas ideas y en las mismas afecciones, nada más natural que Magdalena buscara apoyo en aquel hombre para hacerle partícipe de su fortuna; nada más natural también que Leon acogiese con delirio la idea de volver á ser rico y encontrarse de nuevo en medio de los goces y maravillas del encantado París, aunque tuviese en cambio que cargar con la antigua corista del teatro de la ópera.

Magdalena permaneció en su cuarto algunos momentos preocupada siempre con la idea de Silvina: luego se encaminó al salón donde Salvandy había reído á la niña y á María Antonia colocada como siempre á sus pies.

María de Jesús estenuada como un espectro, agitaba sobre la cabeza de su señora el abanico de plumas.

Silvina que aun no había dejado sus vestidos de luto, llevaba una holgada túnica de gasa blanca sujeta al talle con una cinta de seda negra, cuyos cabos flotantes le caían hasta los pies encerrado en un zapatito de raso negro mate.

Su obesidad era ya tal, que apenas podía moverse; pero las palabras de Salvandy escitaban en ella una hilaridad nerviosa, que atacaba la sensibilidad de los que la presenciaban. Halagada por aquel refinado lion del país latino, pasaba una vida deliciosa entre el perfume de las flores, los ecos de la música y los

escéntricos cantares del gracioso *commis voyageur*.

Magdalena tomó asiento cerca del piano, interrogando vivamente á Salvandy acerca de su al parecer jocosa disertación.

—Hablabas, respondió Leon haciendo multiplicados gestos que no carecían de gracia, acerca de la predilección de George Sand por los *commis voyageurs*, esas graciosas criaturas que hacen el encanto de la sociedad actual.

Magdalena se sonrió, Silvina soltaba una carcajada á cada gesto.

—Vos debéis recordar muy bien, añadió Leon, la célebre canción de Alfredo.... Alfredo no sé cuantos, que es la más preciosa descripción de nuestra vida; ¿no es verdad, Magdalena?

—Alfredo de Muset, si no me es infiel la memoria; pero escusadme por esta noche.... no estoy en voz.

—Nada de excusas! gritó Leon echándola de trueno: al piano! al piano!

—Al piano! repitió Silvina con más entusiasmo del que podía hacer esperar su pereza.

Magdalena pretestó jaqueca, cansancio de los negocios, y qué se yo cuantas cosas; pero todo fué inútil. Leon abrió el piano, arrimó el coginete, y haciéndola sentar se dispuso él mismo á acompañarla preludiando la canción que habían cantado juntos tantas veces en el teatro de la ópera.

Al verse enfrente de aquel Leon de cutis fino y sonrosado como hacia veinte años, de aquel mismo Colifichet loquillo y gracioso por excelencia, Magdalena se creyó por un momento transportada á los mejores días de su juventud, y cediendo al entusiasmo que le inspiraban tan hermosos recuerdos, cantó con voz clara y vibrante, acompañándose con el piano.

—Honneur! honneur! honneur!

Honneur au commis-voyageur!"

—C'est la fleur, oui, c'est la fleur

Toujours épanouie au bonheur"

Cantó Leon gesticulando soberanamente.

—Bien! bien! dijo Silvina esforzándose en batir las palmas; seguid, seguid: Magdalena, prosiguió.

"C'est l'ornement de toute chose

Voyez de quelle grâce il posse

A la table de voyageurs

Tout prêt à enlever les cœurs"

—Reclamo el final; gritó Leon interrumpiéndola.

—Sí, sí, el final, Salvandy; murmuró Sil-

vina cansada de reir y sintiéndose ya propensa á cerrar los párpados.

Salvandy tomó una postura teatral, arregló el lazo de amor de su corbata de raso azul, y cantó con voz estentórea;

„Le soir il se couche enchanté de lui même,
Il fait de rêves d'or, il rêve qu'on l'aime...

Honneur! honneur! honneur!
Honneur au commis-voyageur!”

Añadió viendo que Silvina empezaba á cerrar los ojos:

„C'est la fleur, oui, c'est la fleur
Toujours épanouie au bonheur.”

Respondió Magdalena cerrando el piano con un estruendo que hizo volver en sí á la perezosa.

Ambos cantantes soltaron una sonora carcajada.

—Bah! murmuró Silvina cayéndose de sueño; me habeis asustado, y en cambio espero que me acompañéis hasta mi gabinete.

Salvandy dió el brazo á Silvina hasta su habitación, donde Magdalena se quedó á la cabecera de su lecho hasta dejarla dormida.

María Antonia dormía en una estera al pie de su niña.

Salvandy montó á caballo acompañado de un esclavo, y llegó á su habitación tarareando los versos de Alfredo de Muset.

Quando Ascanio recogió la escala de cuerda para volver á su cabaña, distinguió entre los árboles del jardín un bulto negro que parecía estar en acecho.

Ascanio puso la llave en la cerradura de la puerta que daba al campo y se volvió bruscamente hacía el bulto negro pronunciando un ¿quién va? sombrío como la noche que le rodeaba.

El bulto se adelantó hacía Ascanio y le sujetó dulcemente el brazo murmurando á su oído:

—Soy yo, señor Ascanio; pero silencio por Dios!... si supieran que estaba fuera del ingenio ¿qué sería de mí?

—Ah! eres tú, María? respondió suavemente Ascanio, dejando caer el brazo que empuñaba una fuerte pistola inglesa.

María de Jesus cambió con el mulato algunas palabras, y entró de nuevo en la casa merced á la llave que le había procurado María Antonia.

Ascanio cerró por fuera la puerta del jar-

din, dió un silbido que resonó de una manera horrible en aquellas soledades, y apareció un negro cimarron con un hermoso caballo de la brida.

Ascanio montó en él rápidamente, y apretándole las espuelas desapareció entre las sombras de la noche seguido de su escudero que parecía tener alas en los piés.

II.

EL DUQUE DE MARIANAO.

“Estrella embozada,
la suerte encontrada,
caminar penoso,
temple riguroso,
el puerto perdido,
de todos herido.”

MARIA DOCED.

En tanto que en la residencia de Chateaufort pasaban las escenas que acabamos de referir, Laura arrastraba una existencia de las mas tristes y laboriosas. Si bien había logrado á fuerza de trabajo poner á su padre á cubierto de las mayores necesidades, no podía la pobre muchacha eliminar un solo real para atender á sus vestidos que se iban poco á poco deteriorando.

Laura sin embargo soportaba su amarga suerte con una resignación heroica. Su padre, aunque sin adelantar un poco hacía la mejoría, estaba todo lo contento que puede estar un hombre activo imposibilitado, y adoraba en su hija como un ídola.

Dios había dispuesto sin embargo que Laura llorase y trabajase mas todavía, y que aquel modelo de buenas hijas apurase hasta las heces el cáliz de la amargura.

Eloisa, la hija única del duque de Marianao, era una criatura de unos veinte años á lo mas, pero estúpida, orgullosa y llena de caprichos, que la hacían insoportable á sus mismos criados.

La señorita, que era el nombre con que comunmente se la designaba, era alta, desgarrada y poco mañosa, aunque presumida de tal. Sus ojos azules ó mas bien garzos y sus encrespados cabellos de ese rubio oscuro que conocemos con el nombre de rojo, contrastaban notablemente con su cutis de un moreno amarillento. Su frente estrecha y deprimida que coronaba un rostro de ángulo agudo, publicaba su escasa inteligencia, y su cabeza, echada constantemente hacía atrás, el escensivo orgullo que se anidaba en aquel cerebro, que por otra parte pudiéramos llamar vacío.

Eloisa de Santuiste, futura duquesa de Marianao, habia formado empeño en aprender toda clase de habilidades, y sin embargo no habia conseguido adelantar en ninguna. Su natural torpeza por un lado, y por otro su desmedido orgullo, la impedían continuar sus estudios bajo la direccion de una misma persona.

A la mas ligera correccion, á la menor observacion siquiera, Eloisa se exasperaba, se ensoberbecia, echaba en cara al maestro su posicion *que le obligaba á aguantarlo todo*, y como era natural el maestro se despedia, y la duquesita tenia que volver á empezar de nuevo con otro, porque es cosa sabida que *cada maestrillo tiene su librillo*.

Así, despues de recorrer en poco tiempo todos los maestros que consentian en dar lecciones en el campo, Eloisa acogió hasta con júbilo la recomendacion de Magdalena, y Laura se vió encargada de la leccion de música de la duquesita, mediante la retribucion de diez pesos mensuales, con mas algunos gages, pues la señorita era pródiga en tanto que sus maestros se encontraban complacientes con todos sus caprichos.

El duque de Marianao era un hombrecillo bajo, corpulento y un tanto jorobado; su boca desdentada ya, se entreabria constantemente con una sonrisa cínica y asquerosa; y sus labios húmedos y cubiertos en sus extremos de una ligera espuma, le habian merecido el repugnante apodo de *Duque de Babao*.

Aparte de su pasion por las mujeres, el duque de Marianao tenia un escelente corazon, un trato afable y cariñoso que hacia olvidar sus defectos físicos; y sobre todo era el primero en conocer y lamentar las faltas de su hija única, lo que no es poco si atendemos á su calidad de padre y de duque por añadidura.

Así como el amor propio herido convertia á los maestros despedidos en otros tantos enemigos de Eloisa, aquellos conservaban siempre un vivo sentimiento de gratitud hácia el duque, que nunca los despedia sin añadir á sus honorarios alguna recompensa.

Eloisa, cuya madre habia espirado pocos momentos despues de darla á luz, que educada en poder de un padre descuidado y rodeada de esclavos que no tenian mas voluntad que la suya, habia creído que la esclavitud se extendia á todos *los que pagaba*, se alegró sobremanera de tener por maestro una mujer, porque al fin y al cabo, la mas altiva de las mujeres se domina mejor que el mas humilde de los hombres.

Eloisa á fuerza de dar lecciones desde los catorce años, recorria las teclas, sabia la es-

cala y queria empezar á copiar música; pero tan soberana era su ineptitud, tan variados los medios de enseñanza empleados, que la desdichada estaba siempre en el principio, y lo que es peor, creyendo que tenia un oído finísimo encerrado en sus descomunales orejas.

Para complemento de tantas gracias, Eloisa habia oído á *Pablo y Virginia*, *Atala y Chactas*, y sobre todo las *Cartas de Eloisa y Abelardo*, y queria á toda costa inspirar un amor frenético parecido al de la célebre heroína que llevaba su nombre.

Ocupada la opulenta duquesita en soñar un amor que ni sus veinte años ni sus millones le habian hecho entrever todavía, habia empezado á descuidar bastante el dibujo, en el que aun no pasaba de contornos, y su pacífico y anciano maestro á dar visibles muestras de impaciencia que contrariaban en alto grado el carácter de su discípula.

Eloisa, poco acostumbrada á la tolerancia, escuchó apenas las observaciones de su maestro, se rebeló abiertamente contra sus órdenes, y le envió á su mayordomo á que cobrase sus honorarios; añadiendo que no queria continuar sus lecciones de dibujo.

El maestro, que era una persona dignísima, se retiró cortesmente, y sin duda hubiera salido de la casa sin reclamar sus derechos, á no haberle detenido el duque que le suplicó escusase las escentricidades de Eloisa, en gracia de sus pocos años y menos experiencia.

—Señor duque, respondió con flemma el anciano profesor; si quereis poner coto á eso que llamais escentricidades de Eloisa, casadla. „Mar! mar! casada te vea yo que tú amansarás!“ dijo un paleta á quien el mar habia salpicado con sus soberbias ondas. Casadla, os repití, y no reparéis el cómo.

—Diablo! murmuró el duque luego que se hubo marchado el profesor, tal vez tenga razon.

Y no se habian pasado veinte y cuatro horas cuando el duque tenia ya arreglado el matrimonio de Eloisa con un hijo del baron de la Puebla de los Angeles, solteron de cuarenta años que residia en Méjico, y era uno de los mejores amigos de su juventud.

En tanto Laura, aunque muy poco, sacaba de Eloisa mas partido que otro alguno habia sacado hasta entonces. La jóven duquesita, sin adelantar apenas cosa alguna en el difícil arte de la música, habia llegado á acostumbrarse á dar su leccion, y admirada ella misma del sufrimiento y paciencia de Laura, la recompensaba con mas generosidad que ninguna otra de sus discípulas.

La buena armonía que reinaba entre la maestra y la discípula, hizo pensar al duque

en que Laura diese tambien á Eloisa leccion de dibujo, proposicion que aceptó la jóven institutriz con agradecimiento, porque cuanto mas trabajase mas comodidades podria proporcionar á los autores de sus dias.

Los Palmerolles encantados de la creciente clientela de su hija, orgullosos con aquel tesoro que el cielo les habia enviado en el infortunio, no podian comprender todo lo amargo de la mision que su hija llenaba con tanta fé, y bendecian sobre todas á la familia del duque de Marianao.

—Pobre Laura! ¡cuántas lágrimas, cuántas amarguras devoraba en silencio! ¡Cuántas veces herida en su amor propio de mujer y de profesora habia bajado desesperada la magnífica escalera del palacio de Marianao, jurando dejarse morir de hambre antes que volver á sufrir los insultos de aquella mujer incomprendible que ora la estrechaba contra su corazon, ora la rebajaba y despreciaba como al último de sus esclavos!

Pero su padre estaba allí, clavado en su triste lecho sin mas amparo que las utilidades que ella pudiese reportar, y aquella reflexion obligaba á la pobre Laura á volver de nuevo á su puesto y sufrir con resignacion las amargas pruebas que Dios le tenia reservadas para los mejores dias de su juventud.

Una mañana, en el momento en que se disponia para salir, entró María de Jesus con un hatillo de ropa debajo del brazo, y se arrojó al cuello de Laura llorando de alegría.

La jóven negra estaba tan flaca que parecia mas alta de lo que era en realidad. Maltratada mezquinamente por Magdalena, habia ido perdiendo la salud, llegando al estremo de no poder hacer otro oficio que agitar el abanico de plumas para renovar el aire.

Desde la llegada de Salvandy la persecucion habia casi cesado, sin que la esclava pudiese explicarse el por qué; y sin embargo nada mas natural. Magdalena preocupada con su nuevo plan, no podia ya ocuparse de pequeñeces.

Débil, cansada de sufrir, María se presentó á Magdalena solicitando su rescate; y aquella que no podia legítimamente negársele la vió marchar con alegría, porque siempre habia experimentado hácia la jóven esclava una violenta antipatía.

—Y soy libre! libre, mi ama! repetía la esclava abrazando á Laura; soy la esposa de Zafiro que va á reunirse con él en su cabaña.... él me ha libertado, mi ama!... él me ha comprado con las hermosas monedas de oro que vengo de entregar á la señora Magdalena.... Moriré pronto, mi ama! añadió estremecida

la esclava al ver su rostro reflejado en un claro espejo colocado sobre la mesa de tocador.

—Ah! no; respondió Laura con acento de profunda conviccion; tú eres feliz; tú vas á reunirte con el amado de tu corazon... tú eres dichosa.... la felicidad es la salud.... ella te volverá bien pronto tu alegría, María.... Adios.... me esperan.... Sé tan feliz como yo te deseo!

La esclava se arrojó á sus piés, la prometió volver á Puerto-Escondido, y despues de haberse despedido de los dos esposos, emprendió alegre su camino tarareando una de esas canciones melancólicas que nadie sabe cantar como los negros.

A medida que se alejaba Maria experimentaba una sensacion la mas agradable que habia experimentado en su vida. Sus mejillas se animaban, su pulmon se dilataba, y sus ojos antes tan tristes y abatidos, se abrian desmesuradamente como si quisiese abarcar el ancho horizonte que se desplegaba á su vista.

El aire del campo abierto é inmenso, cruzado por mil avecillas que cantaban alegremente, regeneraba á María y le devolvía las fuerzas que ya creia perdidas.

De repente la esclava dió un grito, y cayó de rodillas levantando los ojos al cielo. Acababa de descubrir á lo lejos los caballos de Ascanio y de Zafiro que la aguardaban á una hora de Puerto-Escondido.

Renunciamos á pintar la escena en que los dos jóvenes se vieron reunidos para no separarse jamás. Hay escenas que se comprenden pero que á ninguna pluma le es dado describir. Ambos jóvenes lloraban en religioso silencio. Ascanio lloraba tambien.

—Ambos sois dignos de la dicha que os espera.... dijo al fin el mulato conmovido; vivid siempre á mi lado; yo garantizo á María una pingüe dote sobre la residencia de Chateaufort.

Zafiro subió á María en su caballo negro, y ambos ginetes partieron á galope por aquellas inmensas soledades.

Laura en tanto recorria sus lecciones, que eran ya muy pocas, pues una gran parte del dia la invertia en casa del duque, y llegó al fin á las lecciones de Eloisa, desde cuya casa regresaba Laura á la suya.

Fatigada con la idea de su oscuro porvenir, y recordando á pesar suyo la felicidad de María de Jesus, se sentó Laura en su butaca, menos dispuesta que otros dias á soportar insultos y á tolerar sandeces.

Eloisa que á fuerza de fuerzas habia llegado á dibujar un ojo, concluia en aquel momento su copia que pudiéramos llamar monstruosa, pues el original era un ojo dormido, suave,

aterciopelado y casi microscópico, y el que la duquesita concluía en aquel momento, un ojo de cíclope, ojo atroz, furibundo y amenazador como el de un hidrófobo.

Laura hubo menester de toda su paciencia para no estallar de cólera ante tamaña monstruosidad.

Miró fijamente á Eloisa reflejándose en sus ojos el disgusto que la dominaba, pero vió con asombro qué la duquesa permanecía impassible y seguía cambiando tranquilamente algunas palabras con su padre, en tanto que se quitaba las mangas de seda negra que se ponía para manejar el lápiz.

—Venid! dijo Laura con cierta sequedad que no se escapó á la penetración del duque.

Eloisa escuchó con extrañeza aquel imperativo, pero contra lo que su padre esperaba, se levantó y fué á colocarse descaradamente al lado de Laura.

—Mirad! añadió Laura con severidad mostrándole á la vez el original y la copia.

—«Ya miro»—respondió Eloisa con una calma que aumentó el mal humor de la catalana.

—¡Comparad, comparad, señorita!...

—«Ya comparo», repitió impassible la duquesa.

—¿Y entonces, qué os parece de estos dos ojos, señora? añadió Laura haciendo un esfuerzo para ocultar su disgusto.

—Me parece, «señorita», respondió la duquesa con acento despreciativo, que esos dos ojos están exactamente iguales.

—Iguales? volvió á preguntar Laura con voz entrecortada por la cólera.

—Iguales en un todo, señorita, como dos gotas de agua.

El duque no apartaba los ojos de la joven institutriz.

—Basta! exclamó Laura con dignidad y esforzándose en devorar dos lágrimas que brotaban de sus ojos... yo creo, señorita que... me será imposible continuar mis lecciones de dibujo.... porque tengo desatendidas.... muchas otras.

Eloisa la miró frente á frente como dudando de lo que oía, porque estaba bien enterada de la precaria posición de Laura.

—Yo, señor, añadió dirigiéndose al duque como avergonzada, estoy.... estaré siempre agradecida á la liberalidad que me habeis mostrado.... siento sobremedida tener que cesar en la enseñanza del dibujo, pero....

—Pero cesareis en ambas ó en ninguna, contestó resueltamente Eloisa... lo siento por vos, pobre jóven, lo siento tambien por vuestro infeliz padre.

Laura guardó silencio; aquella nueva la dejaba privada de una gran parte de sus recursos.

—Lo siento por vos, repitió de nuevo Eloisa, pero solo retractándoos de lo que acabais de decir puedo continuar aceptando vuestros servicios.

—Eh! qué diablo! dijo el duque con aire jovial y procurando reconciliar á las dos jóvenes... Laura continuará con sus lecciones de piano, de dibujo.... ah! no me acordaba, añadió esforzándose en despejar con su sonrisa la nublada frente de Laura, pues no faltaba mas sino que ahora que se trata de tu retrato...

—Dejadnos! exclamó Eloisa con altanería, señalando al duque la puerta del salon.

El duque se encogió de hombros, y salió tarareando el tango, llevando el compás con su maciza caña de bambú, coronada por un abultado puño de oro.

Luego que las pisadas del duque y los compases de su baston se perdieron á lo lejos por las galerías, Eloisa hizo sentar de nuevo á Laura que se habia ya puesto en pié.

—Me causais compasion, dijo la duquesa en voz baja y echando sobre Laura una mirada de proteccion; echemos un velo sobre las imprudentes palabras que acabais de pronunciar y escuchadme: tenemos que hablar á solas.

Laura no tuvo valor para negarse á aquella confianza.

—Precisamente ahora puedo aliviar vuestra situacion sin que se resienta vuestro orgullo de montañesa. Necesito un retrato al óleo, una obra perfecta ¿entendeis? si acertais á complacerme os valdrá ella sola por cuatro meses de lecciones.

—¿Pero retrato de quién? preguntó Laura con sencillez.

—De quién? replicó Eloisa con extrañeza.... ¿no conocéis que es mi retrato?

—Ah! exclamó Laura involuntariamente al contemplar las muchas imperfecciones del original.

—Me teneis miedo? preguntó arrebolada de cólera la duquesita.

—Ah! no.... no señora.... miedo yo á vos? pero el temor de no acertar á complaceros....

—Escuchad, Laura, dijo con voz casi imperceptible la duquesa, deponiendo su enojo y acercándose familiarmente á la institutriz: yo exijo de vos una gracia que nada os cuesta.... en cambio vos exijireis por vuestro trabajo toda la recompensa que creais merecer.

—Explicaos; repuso Laura prestando atencion á tamaña oferta.

(Se continuará.)

ROBUSTIANA ARMIÑO DE CUESTA,

CANTO ÉPICO.

A LA BATALLA DE LAS NAVAS DE TOLOSA.

FOR
DON JUAN MIGUEL DE ARRAMBIDE.

(CONCLUSION.)

Mas de Alfonso los bravos campeones
Al encuentro salieron animosos,
Con sus fuertes y diestros escuadrones;
Y en repetidos choques belicosos
Derribando turbantes á millones,
Hicieron que cesasen presurosos,
Y á su campo tornasen desunidos
Por lanzas españolas perseguidos.

Ansioso el enemigo presentaba
La batalla al ejército cristiano,
Y sus terribles haces ordenaba
Con atrevido orgullo, aunque liviano:
Mas en su posicion se recataba
Y la pelea diferia ufano,
Aquel cuerpo brillante y obediente,
Su saña conteniendo y furia ardiente.

Aun la noche cubria con su manto
De estrellas tachonado el firmamento.
Y un rumor esparcióse; y por encanto
Se aumentó el entusiasmo y ardimiento;
Se levantó un altar glorioso y santo,
Que en un cerro empinado tuvo asiento;
Y en tanto que la sombra se ahuyentaba,
La proteccion del cielo se imploraba.

Las puertas del oriente abrió la aurora,
Y desplegando su vistoso manto,
Del nuevo dia bella precursora
Derramó su esplendor, su luz, su encanto:
El sol luciente con sus rayos dora
Las altas cumbres, y con dulce canto
Las aves la alborada saludaban,
Y los bravos de Alfonso se aprestaban.

La hueste castellana en aquel dia,
En tres fuertes secciones se divide;
Luciendo su gallarda bizarría,
Alfonso el centro intrépido preside;
Don Sancho de Navarra se veía
En el cuerno derecho dó reside;
Don Pedro de Aragon, el gran guerrero,
El izquierdo mandaba airoso y fiero.

Los Haros y los Lopez belicosos,
Regian sus lucidos pelotones;
Y Leon y Moret los poderosos
Hijos del Ebro en fuertes escuadrones;
Los sigue Arnal y Urgel con animosos
Bandos de acreditados campeones,
Y el ilustre arzobispo Don Rodrigo,
De aquella empresa célebre testigo.

Sus vistosos penachos ostentaban

Nuño, Sanchez, Martinez y Cartella;
Que en briosos troteros cabalgaban
Encubiertos que el rigor resella;
Desolacion y muerte preparaban
Cual el fulgente rayo ó la centella;
Audaces, atrevidos y arrogantes,
En las lides resueltos y constantes.

Los fieros musulmanes animados,
Por expertos wadies conducidos,
En media luna estaban colocados
Y en cinco divisiones repartidos;
Y los motawatynes alentados
Ocupaban el centro embravecidos;
Los almohades su pendon alzaban
Y en la reserva firmes se mostraban.

El real lo cerraba una estacada
De robustas cadenas guarnecida,
Y en el centro de aquella palizada
Un pabellon de púrpura encendida
Que un robusto elefante sustentaba;
Y un caballo sujeto por la brida;
Y allí sobre un escudo leía ufano
Mahomed el alcoran al africano.

Una túnica negra sin costura
Que Algnifara llamaban lo adornaba,
Que el rey Abdelmumen legó segura
Y entre sus ricas galas conservaba;
Y un alfange pendia de su cintura
Guarnecido de piedras, que mostraba
Con su brillo y labor la gerarquía
De que esplendente y noble descendía.

Trabóse, en fin, la célebre batalla:
Lopez de Haro acometió brioso,
A los motawatynes, y los halla
Con espíritu alivo y belicoso,
Cual férreo yunque ó cual mármorea valla,
Resistiendo aquel choque impetuoso
Que el castellano repetía severo,
Intrépido, esforzado y altanero.

Una ondonada rápida, enlazada
Con espinosas zarzas, guarecía
Aquella posicion entrecortada,
Donde el árabe audaz se mantenía;
Y cuando embravecida y alentada
La falange cristiana acometía,
Cubierto entre ondulantes situaciones,
Dardos lanzaba y flechas á millones.

Haro su movimiento sigue ufano:
Desciende, sube; el áspero terreno
Ocupa furibundo; y mano á mano
De santa indignacion y furor lleno,
Embiste, incita á su enemigo insano,
Que en su terrible formacion sereno
Sus denodados golpes redoblaba,
Y al brioso contrario contrastaba.

Don Sancho de Navarra acude airado
A reforzar la desigual pelea,
Y de Aragon Don Pedro, el esforzado,
Tambien sus armas y pujanza emplea
En aquel duro trance ya empeñado,
Y con su hueste intrépido campea:
Mas los moros resueltos y ostentosos,
Se resisten y cargan animosos.

Indecisa se hallaba la victoria,
Y aun el bando enemigo se inclinaba;
El cual entusiasmado con la gloria
Que aquel honroso triunfo le brindaba,
De Guadalete la cruel memoria
En su imaginacion le presentaba;
Y su seguro esfuerzo y arrogante,
Redoblaba en la lid fiero y constante.

Cual ruda roca al golpe denodado
De la onda procelosa, se mantiene
En su profundo asiento socabado
En el fondo del mar do se contiene,
Así el árabe altivo ó irritado,
Arrogante en su puesto se sostiene,
Y aun amaga con bárbara embestida
A la cristiana turba dividida.

Cedió por un momento el castellano
Ante aquella animosa y fiera gente,
Que resuelta lidiaba mano á mano
Sin cejar una línea diligente;
Ya entonaba con ánimo liviano
Su vencimiento y fama libremente,
Al ver aquellas huestes rechazadas
Y á las temidas armas humilladas.

No desfallece Alfonso: vuelve airoso,
Y le dice al ilustre Don Rodrigo:
"Aquí yo y vos, en este trance honroso,
"Morirémos con gloria; ¡dulce amigo!"
Y el arzobispo contestó animoso
Poniendo al cielo y tierra por testigo:
"No lo quiera mi Dios de bondad lleno;
"Hoy triunfareis aquí del agareno."

Clavó acicate á su caballo ardiente;
Mas Fernando García asió del diestro
Al alentado bruto, y reverente,
"Id paso, mi señor, y no el siniestro
"Caso llevad, le dijo, tristemente
"A un lastimoso fin, con el fin vuestro;
"Ora habrán de correr vuestros guerreros,
"Vuestros fieles y nobles caballeros."

"O vencer ó morir que nos vea el día,"
Repuso el rey, y acometió arrojado.
"Muramos con honor y bizarría,
"O alcancemos un triunfo señalado."
En digna aclamacion la vocería
Con eco delirante y esforzado,
"Por Dios y vos, gritaba, pelearémos;
"Y por Dios y por vos morir sabrémos."

En tan precioso instante una luz bella
Resplandeció en la esfera transparente;
Por todas partes claridad destella,
Y se espaae brillante y esplendente;
Cual astro precursor ó hermosa estrella,
Anuncia la victoria ya patente,
Y entre doradas nubes se mostraba,
La santa Cruz que el cielo reflejaba.

Cual recia tempestad ruge furiosa
Arrasando el hogar y el bosque ameno,
Y hiende el roble y pino procelosa
Entre el fragor del espantoso trueno;
Así la hueste unida y animosa
Acometió resuelta al agareno;
Que ondulante y confuso defendía
Palmo á palmo el terreno que perdía.

DICIEMBRE.

Abrieron ancho paso las espadas
En la cerrada masa que procura
Mantener sus hileras ordenadas
En aquella refriega airada y dura;
Se envuelven, se confunden arrolladas
Y la firmeza en vano se procura:
Ceden del castellano á la pujanza,
Y á los doblados botes de su lanza.

Penetraron resueltos y furiosos
Hasta los almohades aguerridos;
Que esforzaron intrépidos y airosos,
Y á grupos de ginetes escogidos;
Sus flecheros huyeron pavorosos,
Volvieron las espaldas perseguidos;
Los árabes de España sucumbieron
Y su vistosa formacion perdieron.

Con la Cruz encarnada su estandarte,
Don Pedro de Aragon tremoló altivo,
Rigiendo doce mil hijos de Marte
Con decidido esfuerzo, noble y vivo:
La izquierda embiste, y por aquella parte
Arrolla y vence fuerte y decisivo:
Doblando el cuerno que mandaba ufano
Zeit Aben el valiente mauritano.

Por los montes y valles retumbaba
El fragor de los bravos combatientes,
Y en los tersos escudos resonaba
El martillar de golpes inclementes;
El desaliento, el miedo se mostraba
En aquellos semblantes impacientes,
Al ver hollada ya la media luna
Que risueña halagaba la fortuna.

En la terrible lucha activo insiste,
Flojas las riendas y el caballo alzado
Nuño de Lara, y animoso embiste
Al moro Abu Said, que despechado
Aquel empuje intrépido resiste,
Mas quedó de su obero derribado
De cruel parasismo el alma llena,
Y exánime rodando por la arena.

Iñigo de Mendoza y Angresara
Blandian animosos sus aceros;
Y lidiaban resueltos cara á cara
Con aquellos contrarios altaneros:
Ninguno en cautivar á otro se para,
Muerte y desolacion lanzan severos,
El destrozo, la mísera ruina
Que el odio ó el enojo allí fulmina.

En el choque revuelto y empeñado
De aquel encuentro, un dardo despedido
Y por mano sacrílega lanzado,
Al insigne Dalmau enardecido,
Por su saber y ciencia celebrado,
Y en la guerra resuelto y entendido,
En el pecho le abrió profunda herida
Que le privó de su esperanza y vida.

Don Sancho de Navarra acometía
Conduciendo animoso su derecha,
Y á la contraria turba dividía
Que al fin se desbandó rota y deshecha:
Nada á su ímpetu audaz se resistía:
Del real penetró la entrada estrecha,
Horadando templados coseletes
Y segando cabezas con bonetes.

90

Sobre inmensos cadáveres pasando,
Llegan á la estacada que guardaba
El altivo caudillo de aquel bando,
A quien el sordo estruendo no alteraba;
Y Sancho con un hacha derribando
Los troncos y cadenas que enlazaba,
El paso abrió y la entrada libremente
Y penetró con su animosa gente.

Armados de sus picas y broqueles
Los negros que guardaban la estacada
La defendían animosos, fieles,
Con sus cuerpos cerrando la pasada;
Mas cubiertos de hierro los corceles
Revolviendo las grupas, libre entrada
Abrieron en las filas comprimidas,
Y en confuso desorden desunidas.

Aquellos arrogantes batallones
Ligados por los pies, entre sí unidos;
De camellos crecidos pelotones;
Los gigantes guerreros atrevidos
De la Nubia y del Africa leones;
Que en Mauritania fueron tan temidos,
Aunque la fiera lucha sostenían
A impulsos del cristiano sucumbían.

Oyó Mohamed atónito aterido
El confuso fragor de la pelea;
Suena mas cerca el choque y el ruido
Y aun sentado en su escudo titubea:
Fija su vista estólido, aturdido,
En el confuso caos que le rodea,
Y perdiendo el instinto, en rabia ardiente
Sombras y espectros ocupó su mente.

Vió abrirse entre relámpagos el cielo
Que rayos mil sobre el alarbe vierte,
Que errante y esparcido por el suelo
Do quier hallaba destrucción y muerte;
Y á un querubín que con radiante vuelo
Y su espada de fuego, activo y fuerte
Conducía al ejército cristiano,
Que exterminaba al mísero africano.

De Zeid Aben al eco altisonante
Volvió Mahomed de su espantoso ensueño;
Que llegó presuroso y anhelante,
Hasta tocar á su aturdido dueño;
Y en su yegua montado, insinuante
Con agitada voz y fiero ceño
O vehemente clamor que estremecía,
Al imbécil caudillo le decía.

"El decreto de Dios ya está cumplido:
"¿Hasta cuando has de estar inerte, helado?
"Alza, que ya el cristiano embravecido,
"Vá á caer sobre tí, soberbio, airado."
Mohamed medroso, exánime, aturdido,
Fué á montar su caballo acelerado,
Mas el árabe, "sube en mi Doncella,"
Le dijo, "y corre: y sálvate con ella."

Llegó á Baeza exánime, acosado
Por la caballería castellana;
A su infortunio mísero entregado;
Trocado en susto su bravura insana;
Siguió á Jaen imbécil, perturbado
Al despuntar la luz de la mañana;
Sin súbditos, amigos, ni esperanza,
Entregado á su fúnebre mudanza.

Entretanto seguían incesantes
Los heroicos cristianos combatiendo
Los restos que aun lidiaban arrogantes
Gritos de guerra y muerte repitiendo;
Y avanzaban intrépidos triunfantes,
La gloriosa jornada prosiguiendo,
Y esterminando con tenaz porfía
Cuanto á su noble esfuerzo se oponía.

Consternados cedieron; y rendidos
Las insignias, las armas arrojaban:
Al vencedor glorioso sometidos
Los que al hierro mortífero escapaban:
A la triste inacción ya reducidos,
La compasión y la piedad buscaban;
La indulgencia, el favor del soberano
Como digno blason del sόlio hispano.

Por celestial impulso dirigido
El canόnigo ilustre de Toledo,
El célebre Pascual esclarecido,
Que la Cruz y guion llevaba ledo,
Entre los enemigos confundido
Dos veces se encontró sin mostrar miedo;
Y una nube de flechas le arrojaron,
Y sin herirle, al asta se clavaron.

Y mas admiración en esta guerra
Causó, que en todo el campo no se hallase
Rastro de sangre cuya vista aterra;
Que florido y ameno se encontrase
El dilatado espacio de la sierra;
Y que el caso admirable se mostrase,
Cuando inmensos cadáveres se hollaban
Y la marcha triunfante retardaban.

El inmenso botín fué repartido
Entre aquellos guerreros celebrados;
Los lucidos pendones adquiridos,
Las banderas dó estaban figurados
En signos y en emblemas escogidos
Los símbolos mas fieles y afamados,
De manos agarenas arrancadas
Por cientos se ganaron á lanzadas.

De su caballería numerosa
Treinta mil en la lucha perecieron;
Y de gente de á pié fiera, orgullosa,
Ciento cincuenta mil también murieron;
Y lo que mas á nuestra fé gloriosa
Y á las santas creencias, nos unieron,
Fué, el perecer tan pocos castellanos
A manos de los fuertes africanos.

Fué el fruto de victoria tan cumplida
Por el ardor ganada y fé cristiana,
El esfuerzo guerrero conseguida
Y el favor de María soberana,
Libertar de la saña tan temida
Y de una esclavitud dura y tirana,
Al noble pueblo que animoso, ardiente,
En Covadonga levantó la frente.

Ganáronse castillos enriscados
En las altivas cumbres de la sierra;
Y en los desfiladeros situados,
Para guardar la entrada de la tierra;
Estos terribles fuertes enclavados
Entre breñas y riscos, en la guerra
Las bélicas hazañas protegieron
De San Fernando, y sus ventajas dieron.

A la unidad civil abrió camino,
Y á la unidad política y sagrada;
Fué de la cristiandad, y amor divino
El sostén y la antorcha celebrada;
Su gran poder, su lustre, su destino
Debió á la Cruz empresa tan preciada,
Pues de la Cruz la exaltacion y gloria,
La iglesia nos conserva la memoria.

La santa insignia de la Cruz triunfante
Levantó el vencedor grande y glorioso:
Y su escudo real se vió radiante
Timbrado con el hecho portentoso.
Con su trompa de oro altisonante
Voló la Fama al énit luminoso,
Y publicó la sacrosanta hazaña
Para eterno blason de nuestra España.

JUAN MIGUEL DE ARRAMBIDE.

REVISTA DE MADRID.

MES DE NOVIEMBRE.

SUMARIO.—Artistas premiados.—Los imitadores de Alfonso Karr.—Premios á la literatura.—Bautismo de una hebrea.—El baile de S. Eugenio.—Trages elegantes.—Reuniones.—Teatros.—Promesa formal de una historia.

El jurado de la esposicion de bellas artes, reunido el 10 de Noviembre desde la una del dia hasta entrada la noche, ha pronunciado su fallo concediendo los premios siguientes:

PRIMER PREMIO.

Sr. D. Eduardo Cano, por su cuadro el enterramiento de limosna de D. Alvaro de Luna.

Sr. D. Antonio Gisbert, por el suyo de Felipe II bendiciendo á sus hijos.

Sr. D. Carlos de Haes, por paisages.

SEGUNDO PREMIO.

Sr. D. Francisco Sans, por su cuadro Prometeo.

Sr. D. Isidoro Lozano, S. Pablo convirtiendo á Sabina Peppea.

Sr. D. Rafael García (Hispaleta). La carrera.

Sr. D. German Hernandez.—Sócrates reprehendiendo á Alcibiades.

Sr. D. Juan García Martinez.—Los amantes de Teruel.

TERCER PREMIO.

Sr. D. Ramon Martí y Alsina.—Cuadros de costumbres.

Sr. D. Victor Manzano.—Santa Teresa en Pastrana.

Sr. D. Luciano Cloquet.—Por sus obras ejecutadas sobre porcelana sin esmalte.

Sr. D. Mariano de la Roca.—Cervantes imaginando el Quijote.

Sr. D. Pablo Gonzalvo.—Interior de la Catedral de Toledo.

Sr. D. Gabriel Maureta.—Doña Juana la Loca.

Sr. D. Antonio Gomez y Cros.—Hernán Cortés mandando poner grillos á Motezuma.

Sr. D. José Roldán.—Costumbres andaluzas.

Sr. D. Carlos María Esquivel.—Ultimos momentos de Felipe II.

Sr. D. Eusebio Valdeperas.—La casta Susana sorprendida en el baño.

Se han concedido tambien varios premios de grabado y muchas menciones honoríficas.

Y ahora, mis amadas lectoras, os pido perdón por haber empezado mi revista del modo que lo he hecho: quizá hubiérais deseado que hubiera puesto por preámbulo cuatro renglones cortos como estos, por ejemplo:

¡Paso al genio!

¡Salud á los artistas!

¡Un nuevo porvenir se abre para España!

¡Porvenir lleno de gloria! etc., etc.

Este estilo, queridos lectores, es llamado por muchos de nuestros literatos en *embrión estilo á lo Alfonso Karr*, creyendo sin duda cándidamente, que el mérito de este célebre novelista puede imitarse solo con hacer, como él, renglones cortos: sin conocer que los renglones cortos de Alfonso Karr son larguísimos de mérito y ricos de sentimiento; sin ver que en cada uno de sus cortos renglones va envuelto un gran pensamiento cristiano, filosófico y moral, en tanto que los de nuestros eruditos á la violeta están vacíos de sentido comun y no son mas que una palabrería insulsa, necia é insoportable.

Por estas y otras manías se nos rien en el vecino imperio y nos llaman pobres imitadores suyos, en lo cual no les falta razon: porque es verdaderamente vergonzoso que haya en nuestro pais imitadores de los franceses y mas con tan poca gracia que la imitacion solo sirve para realzar lo que á estos les es natural.

Yo que soy una verdadera española, apasionada de todo lo español y que únicamente en español me sé expresar, os he dicho en lenguaje claro y liso los artistas que han sido premiados, pareciéndome que era de justicia dar al genio el primer lugar en mi revista aunque sin pomposas exclamaciones.

Y siguiendo este propósito, continuaré di-

ciéndoos otras distinciones que el mérito y la laboriosidad han obtenido de nuestros soberanos.

Empezaré por la joven escritora señora Sinués de Marco, tanto por ser señora, cuanto porque es colaboradora de *LA MODA*; pero como es muy sabida la amistad que me une á la autora de los *Estudios sobre la mujer*, me limitaré á copiar de un periódico cualquiera, pues todos han hablado de su última obra, las lisongeras frases que la dedica y que en mi boca parecerían quizá apasionadas.

Hé aquí lo que dice el *Fénix* en su número correspondiente al 10 de Noviembre.

„SS. MM. recibieron anoche en audiencia particular á la fecunda escritora Sra. D.^a María del Pilar Sinués de Marco, que nos ha favorecido con algunos de sus bellísimos artículos, aunque no con la frecuencia que deseáramos.“

„Esta señora, acompañada de su esposo, tuvo la honra de poner en las manos de SS. MM. un ejemplar manuscrito que con el título de *La ley de Dios* ha escrito y dedicado á S. A. R. la Sra. Infanta D.^a María Isabel de Borbon. El pensamiento de este libro, altamente religioso y humanitario, llamó en extremo la atención de SS. MM., quienes manifestaron á la Sra. Sinués de Marco sus deseos de que se hiciese una edicion de su obra bajo su Real proteccion.“

„Nos complacemos en consignar este nuevo rasgo que tanto enaltece á nuestros Reyes, y felicitamos cordialmente á la Sra. Sinués de Marco, cuyas obras, tan provechosas como recreativas, la han conquistado un lugar muy distinguido en la república de las letras.“

Hasta aquí el *Fénix*: ahora os diré que la Sra. Sinués de Marco ha recibido de parte de S. M. la Reina un libramiento de 20,000 rs. acompañado de una atenta carta del oficial primero de la Intendencia de la Real Casa, el distinguido escritor Sr. D. Antonio Flores; que *La ley de Dios* está imprimiéndose ya en el acreditado establecimiento tipográfico del Sr. Rivadeneira, y que las primeras entregas verán la luz á mediados del próximo Diciembre.

En la noche del 17 de Noviembre confirió S. M. la Reina las insignias de la Gran Cruz de Isabel la Católica al Sr. D. Modesto de la Fuente, por su magnífica obra la *Historia de España*.

Finalmente, el día 14 se cruzó en Barcelona Caballero de la Orden de Carlos III el Sr. D. Narciso Gay, á quien S. M. ha agraciado con tan honorífica distincion por su precioso libro *Las veladas del obrero*.

Y se dirá luego que en nuestra patria están abandonadas las artes!... Que no se protegen las letras!... Ah, no! Eso solo pueden decirlo los imitadores desgraciados del gran Alfonso Karr!

Pobres gentes! Producid obras cristianas que consuelen al que sufre! ¡Dulces historias para que sean leídas durante las veladas del invierno en torno del hogar de la familia! ¡Escribid libros provechosos y sereis premiados.... Si no podeis conseguirlo, callad!

SS. MM. no se contentan solo con premiar el genio pues saben que no todos los vivientes han nacido con él: con el fausto motivo de ser los días de nuestra amada reina y de su augusta hija, se socorrieron el día 19 los establecimientos de beneficencia con la suma de 80.000 rs. que S. M. ha dado de su bolsillo particular.

Antes de pasar á hablaros de fiestas y de teatros, os hablaré aun de otro gran beneficio, lectoras mías, para que vuestro corazon reciba luego con mas gozo la relacion de los placeres al saber que ha sido rescatado un ser para el cielo.

El día 16 á las cuatro de la tarde fué bautizada en la iglesia de S. Justo de esta corte una joven hebrea de 29 años y extraordinaria hermosura, llamada Esmeralda y natural de Turin. Fué su madrina la Excm. Señora Condesa de Humanes, quien por espacio de dos meses ha estado ilustrando á la catecúmena con un celo infatigable y superior á todo elogio. La hermosa hebrea ha recibido en el bautismo el dulce nombre de María.

Todas las damas de la nobleza se emplean casi constantemente en ejercicios de caridad, y las señoras de las Juntas parroquiales pasan los días visitando bohordillas, y por las noches abren sus salones á una brillante sociedad, gozando alegres con el recuerdo de los beneficios que han derramado.

La señora condesa del Montijo recibe los domingos en su magnífico palacio: el día de S. Eugenio no pudo dar el gran baile de todos los años por no estar concluidas las obras de su casa: así, se trasladó á ese día la recepcion del domingo anterior; pero, á pesar de eso, por la concurrencia y el lujo de las señoras, así como por todos los demás accidentes, puede dársele el nombre de gran baile: concurrió todo el cuerpo diplomático extranjero con sus señoras, nuestros ministros de Estado y de Fomento y la mayor parte de la aristocracia.

La duquesa de Alba llamaba mucho la atención por su elegancia, que ha llegado ya á ser proverbial: su traje era de tul blanco con tres faldas: formaban las *quilles* del traje dos an-

chas cintas, una azul y otra punzó, ambas con estrellas tejidas y puntillas de oro: entre estas dos cintas habia un bullon de tul que terminaba por un lazo, en cuyas puntas habia borlas de oro; iguales lazos adornaban los hombros y el pecho: en la cabeza llevaba una diadema de terciopelo negro, cuajado de estrellas de brillantes, y en el cuello un sin número de hilos de perlas.

La Sra. de Osma, sobre fondo blanco, un vestido de tres volantes de encaje de Bruselas y diadema celeste sujeta sobre la frente con un broche de brillantes.

Pero la señora que mas llamó la atención fué la señora del ministro de Rusia, por lo lindo, sencillez y caprichoso de su traje: era este de raso color de junquillo y llevaba sobre él una multitud de volantes de seis dedos de ancho, de blondas blancas y negras alternando, y dos grandes lazos color de junquillo en cada costado y en los hombros, terminados por flecos blancos y negros; en la cabeza una guirnalda de frutas moradas y hojas verdes, y al cuello un hilo de perlas muy gruesas y de una riqueza infinita.

La marquesa de Corvera, la condesa de Nava del Tajo y la baronesa de Eroles, tenían trages color punzó, cubiertos por grandes volantes de encaje negro de Bruselas, y llevaban collares y broches al pecho de riquísimos diamantes.

Muy prolijo seria describir tanto precioso traje como allí se reunió: baste decir que la moda parecia haber agotado sus mas delicados caprichos.

No hubo menos gusto y elegancia en los trages que ostentaron el día 6 las señoras convidadas al banquete que dieron con su acostumbrada magnificencia los señores de Weisweiler.

El día 19 se celebraron en palacio con una gran comida los días de S. M. la Reina y de S. A. R. la infanta Doña Isabel: nuestra joven soberana estuvo sumamente complacida durante el banquete demostrando mucha gracia y afabilidad: vestia traje blanco de seda de dos faldas, guarnecidas de anchas bandas de terciopelo verde esmeralda: la de encima estaba abierta por los costados y guarnecida de encajes: el convite que empezó despues de concluido el besamanos tuvo lugar en el gran salon de columnas.

Las damas todas de la corte están ahora muy ocupadas en los preparativos para el gran baile que ha de verificarse en el régio alcázar el día 28 en celebridad del natalicio de S. A. R. el príncipe de Asturias: créese que á él asistirán SS. AA. RR. la infanta Doña Amalia y

su esposo el príncipe Adalberto de Baviera, que vienen á hacer una visita á la real familia.

El domingo 14 empezaron en el real palacio y en el cuarto de la infanta Doña Cristina, hermana del rey, los bailes de niños que en igual día y con objeto de divertir á la infanta Doña Isabel se darán todas las semanas.

El Sr. Ministro de Inglaterra da una comida todos los jueves á sus amigos de la legacion española y al cuerpo diplomático.

Pero si fuera á enumerar las fiestas que este año tiene la buena sociedad, no acabaria nunca, tanta es la variedad de las que hay y de las que todavía se disponen.

En cambio los literatos no tienen ningun punto fijo de reunion, y vagan divididos en fracciones por todos los soarés.

El Sr. Duque de Rivas no abre este año su casa á las letras, pues el deplorable estado de salud de su primogénito el marqués de Añón le obliga á salir en breve para Sicilia.

El fallecimiento de su hijo impide tambien al Sr. Marqués de Molins celebrar sus sesiones acostumbradas; y el Sr. Cruzada Villamil tampoco tiene este año sus reuniones literarias de los viernes.

Así, pues, la juventud, que se dedica á las letras, se refugia en los teatros que presentan tanta variedad como animacion.

Sin embargo del sin número de obras estrenadas últimamente, puede decirse que solo tres merecen citarse con elogio.

Una de ellas es el drama en cuatro actos del Sr. Rivera, que con el título de *las Aves de paso* se ha puesto en escena en el teatro de Novedades: esta produccion nos ha descubierto un nuevo poeta que si sigue como ha empezado será una, quizá la mayor, de nuestras glorias.

Todo lo reúne esta hermosa produccion: moralidad en su argumento, fluidez y riqueza en la versificacion; toques profundamente filosóficos y delicadeza en los detalles: el público ha hecho justicia á su mérito aplaudiendo y llamando con entusiasmo al autor á la escena al final de cada acto.

Otro acontecimiento teatral tuvo lugar el día 19 en el teatro del Príncipe con el estreno del drama del Sr. Eguilaz *Las querellas del rey sábio*: esta produccion escrita en fabla castellana es de un mérito poco comun y está además realizada por magníficas decoraciones pintadas por los señores Ferri y Vazquez Sidonia. La concurrencia que llena el coliseo todas las noches, aplaude tanto al poeta como á los pintores y actores.

Valero arrebató al público, particularmente

al pronunciar en el acto segundo estos dos versos

Soy el leon de Castilla
Que sacude la melenal

La señora Palma hace una jitana sombría y enamorada que no hay mas que pedir.

La señora Valentini, una niña vaporosa y dulce, llena de suavidad y encanto.

Fernando Ossorio representa con espantosa propiedad á D. Sancho el Bravo revelado contra su padre y presa de las mas desesperadas pasiones.

Por último en el teatro de Jovellanos se estrenó en la noche del 12 la zarzuela *Azon Vizconti*, letra de D. Antonio García Gutierrez y música de D. Emilio Arrieta: tiene buena versificación; pero el argumento es oscuro y demasiado dramático para zarzuela. La música es muy bella y original, y en su ejecución se han distinguido la Sra. Mora y el Sr. Obregon.

Pero aquí hago punto, lectoras mías, porque esta revista se hace ya demasiado larga; y eso que nada os he dicho de la fiesta de Todos Santos que los madrileños celebran comiendo castañas y buñuelos; ni del terremoto que á mediados de este mes alarmó á estos habitantes, ni de otra série de acontecimientos que han tenido lugar en el mes de Noviembre. Pensaba haberos contado una historia, segun mi costumbre, pero la circunstancia de no tener aun bastantes datos recogidos y la abundancia de noticias hacen que quede en deuda con vosotras hasta el mes que viene.

PAMELA.

RUGIER DE LAURIGA.

NOVELA ORIGINAL

POE

D.ª FELICITAS ASIN DE CARRILLO.

(CONTINUACION.)

¿Quién tiene, preguntó, la lista en que están inscritos los nombres de todos esos traidores?

—D. Diego de Haro, señor, contestó el que parecía gefe de la comunidad.

—¿Sabeis si la tiene consigo?

—Sí, seguramente, respondió el monge con aire de inteligencia.

—En ese caso ya es mio, exclamó el infante

con una sonrisa verdaderamente diabólica; es preciso, continuó, que hoy mismo deis aviso al rey de la traicion que contra su real persona están fraguando D. Diego y su hijo. De este modo no tienen salvacion posible y yo seré señor de Vizcaya que es cuanto ambiciono por ahora. En cuanto á vos, ya sabeis que no dejaré de recompensar vuestra fidelidad para conmigo y con el rey.

¿Estais seguro de que mi nombre no figura en la lista de los cogidos?

—Seguro, señor.

—En ese caso todo va bien, vosotros habeis hecho vuestro papel á las mil maravillas, y en cuanto á mí tampoco puede decirse que he estado torpe. Mis promesas han entusiasmado á esos imbéciles, y hasta creí que iban á volverme loco con tanto demostrarme su adhesion y su gratitud.

Doña Ana que á fin de no perder una sola sílaba de aquella tan nueva como inesperada conversacion habia salido de su escondrijo, sintió en este momento algunos pasos que se acercaban; luego el portazo que dió una puerta y un poco despues el rechinar de un cerrojo que se corria. Estando como estaba en la creencia de que el infante se retiraria acompañado de los religiosos por la misma puerta que á ella le habia servido de entrada, estaba casi segura de que obrando con la osadía que le era habitual podria seguirle cautelosamente y deslizarse á la calle favorecida por las tinieblas. Pero esta vez su cálculo salió completamente fallido, y se halló sola en medio de aquel imponente salon. El infante acababa de internarse con los que lo acompañaban en el interior del convento, donde sin duda debia pasar el resto de la noche.

Despues de trascurridos algunos instantes un lego penetró en el salon y apagó las luces dejándole sumida en la mas profunda oscuridad. Doña Ana tuvo tentaciones de abalanzarse á él y amenazarle con la muerte si no la dejaba salir; pero habia notable peligro de originar un grave escándalo, y además tenia repugnancia de verter sangre inocente.

¿Qué hacer en semejante situacion? Doña Ana quedó envuelta en una oscuridad completa, y sintió con miedo el ruido que produjo aquel hombre cuando volvió á cerrar las puertas, dejándola completamente sola. Entonces sintió no haber apelado á un recurso extremo, y pensando en D. Lope que acaso la estaria esperando y en D. Juan que acababa de mostrar todo lo horrible de sus proyectos, esperó una impaciencia y una cólera que iba aumentando por grados.

Oh! decia, estoy presa, y mañana cuando el

alba despierte me veré descubierta y perdida, y los enemigos del rey no tendrán quien les avise. ¡Oh! mi venganza fracasa, D. Lope se verá encarcelado y el rey triunfará de todos los peligros....

Doña Ana volvió á separarse del sitio en que se hallaba, y avanzando á tientas á lo largo de las paredes trató en vano de buscar una salida. Las puertas estaban cerradas por la parte de afuera, y lo único que pudo conseguir fué abrir las hojas de una pequeña ventana, á través de la cual penetraron los pálidos rayos de la luna. La ventana estaba guarnecida de gruesos y pesados barrotes de hierro que en medio de su cólera en vano procuraba conmovér.

Entonces volvió á separarse de allí, y parándose como si estuviese rendida de fatiga, trató de coordinar sus ideas.

Oh! dijo, es necesario salir á todo trance de aquí: gritaré, pediré auxilio, y si D. Lope me oye acudirá; cuando menos sabrá la suerte que le espera.

Pero esto era un delirio; Doña Ana lo conoció así y cayó en un profundo abatimiento.

De pronto se golpeó en la frente como si una idea súbita hubiese venido á iluminarla. Acababa de recordar que al abandonar por primera vez la puerta secreta, en cuyo quicio había permanecido oculta, sus dedos tocaron maquinalmente la cabeza de un pequeño clavo de hierro. ¿No podía ser aquello un resorte conocido de algunos de los gefes de la comunidad?

Esta nueva idea que podría parecer otra loca esperanza, era sin embargo el único recurso que le quedaba. Nada perdía con probar fortuna.

Después de haberse orientado bien volvió al primer punto de partida, levantó el tapiz, pasó la mano por la puerta y tropezó nuevamente con el boton de hierro que apretó de cierta manera. Entonces dejó escapar un grito de alegría: la puerta acababa de abrirse.

Doña Ana se lanzó apresuradamente por un estrecho pasadizo que también estaba débilmente alumbrado por los opacos rayos del astro de la noche.

Al fin de aquel pasadizo, había otra puerta que estaba entreabierta y que Doña Ana se apresuró á hacer girar sobre sus goznes. Entonces vió el cielo claro y despejado y respiró libremente el aire de la noche. Se hallaba en una pequeña huerta del convento.

Pero no estaba en completa libertad; un muro alto y espeso, el cual estaba interrumpido por una maciza puerta enchapada con láminas de hierro, cercaba todo aquel recinto. Do-

ña Ana era muy débil para poder violentarla.

En vano hizo todos los esfuerzos imaginables; en vano trató de escalar aquellas paredes que la oprimían, logrando solamente romperse las uñas y destrozarse sus manos delicadas.

Entonces lanzó un rujido de desesperacion.

Aquella naturaleza sin embargo no se dejaba vencer fácilmente, y mucho menos habiendo conseguido ya la mitad de su intento.

De pronto levantó la cabeza y fijó su vista en un árbol de frondosa copa cuyas largas ramas sobresalian por la parte exterior de la tapia.

Doña Ana logró asirse al tronco y trepó á lo alto del árbol; luego se agarró á una de aquellas ramas que cedió al peso de su cuerpo, y quedó un instante suspendida en el aire; la rama crujió, cimbróse cada vez mas, y Doña Ana tocó la tierra con sus piés. Se hallaba en completa libertad.

Acto continuo echó á correr todo lo largo de la tapia y rodeando aquella parte del convento llegó al cabo de breves instantes á la puerta exterior por donde antes había penetrado. D. Lope estaba esperando lleno de impaciencia y de curiosidad. Así fué que al ver llegar á su page exclamó golpeando el suelo con sus plantas:

—¿Dónde diablos te metes que así me pones en cuidado? Jamás he tenido tanta paciencia para sufrir impertinencias como las tuyas.

—Es cierto, contestó el fingido Ramiro; pero también es verdad que nunca habreis tenido quien vele por vos tanto como este humilde servidor vuestro. Figuraos que estais al borde de un abismo si confiais en el infante D. Juan. Acabo de ver y oír cosas singulares.

—Qué cosas son esas? preguntó D. Lope impaciente.

—Por el pronto hay doce cabezas que se bambolean; un señorío que se pierde y un traidor á quien se acaba de enaltecer; hay, en fin, que vos y vuestro padre estais perdidos sin remedio si no apelais á la fuga.

—Ramiro! qué estás hablando?

—Os digo lo que he oído: los frailes os delatarán hoy mismo de orden del infante D. Juan, y el rey que ya se las tiene todas con los de Haro, hará un escarmiento: en una palabra, yo os doy este prudente aviso y parto ahora mismo no sé á donde, si bien estaré á la mira de lo que haya sido de vos: lo que ignoro absolutamente es cuando volveré á veros.

—Pero tú ¿qué tienes que ver con nuestras intrigas?

—Mas de lo que os figurais, D. Lope; solo

os diré por ahora que hay misterios que no siempre se pueden descifrar.

D. Lope habló todavía algunas palabras con su page, quien depues de darle algunas esplicaciones y algunos consejos, marchó de allí dejándole sumergido en un mar de confusiones.

—Pardiez! exclamó al fin el de Haro, que si este page no ha mentido, todo esto me huele á chamusquina. Si D. Juan quiere vendernos con ánimo de arrebatarnos á mi padre su señorío.... de seguro estamos perdidos. Ese muchacho que acaba de separarse de mí de una manera tan inesperada, se me ha mostrado bastante exigente en mas de una ocasion; pero tambien en otras me ha servido con lealtad, dándome consejos sumamente prudentes. Suceda lo que suceda yo debo avisar á mi padre.

D. Lope caminaba mientras esto decia con pasos presurosos en direccion de la casa de su padre. Este que estaba ya durmiendo, recibió las noticias que le daba su hijo, dando muestras de inquietud y sorpresa. Despues de haber deliberado un rato adoptaron ambos la resolucion de alejarse de Valladolid.

Aquella mañana fueron registradas sus casas y ocupada toda su correspondencia, sin que sus personas pudieran ser habidas por la justicia que habia llegado tarde.

D. Diego y su hijo marcharon aceleradamente camino de Zaragoza, despues de haber reducido á cenizas los escritos que podian perjudicarles y puesto á buen recaudo todo el dinero y joyas que pudieron llevarse consigo.

CAPITULO XII.

Un dia se presentó Doña Ana ricamente vestida y acompañada de algunas personas de su servidumbre, entre las cuales figuraba su escudero Guzman, dentro de los muros del mas antiguo convento de religiosas de Borja, pequeña ciudad de Aragon, distante tres leguas de Tarazona y once de la capital. Doña Ana penetró sola en el interior de aquella santa morada y permaneció un buen rato en compañía de la abadesa, que lo era su tia Doña Juana Carvajal.

Doña Ana dotada de un talento superior habia logrado captarse la voluntad de su tia, hasta el punto de que esta venerable señora tuviese depositada en ella la mas animada confianza. La jóven, por otra parte, sabia revestirse cuando era necesario de una apariencia ascética y de unas formas tan místicas que nada de extraño tiene el que aquella buena mujer retirada hacia tanto tiempo del bullicio

del mundo, la tuviese por un modelo de virtud y de piedad.

La jóven que sabia todo esto y que solia sacar de ello todo el partido posible, si bien iba como hemos dicho vestida con lujo y elegancia, no dejaba por eso de ataviarse con cierta apariencia de austeridad, por lo cual su magnifico traje era completamente negro, con lo cual adquiria mayores quilates su grandísima hermosura.

—Ya veis, decia, si este inocente engaño no ha servido en gran manera para salvar el honor y el buen nombre de nuestra familia. Dios con su infinita misericordia ha permitido de que estando el rey D. Jaime en la inteligencia de que yo me hallaba aquí junto á vos, mi pobre persona haya sido el puerto de salvacion de esos pobres náufragos descarriados. Cesad, pues, en vuestros santos escrúpulos de conciencia que tanto os han molestado hasta ahora.

—Oh! sí, murmuró la abadesa; pero no dejes de hablarme de ellos, hija mia; ya sabes cuanto los quiero y cuanto me interesa su suerte.

—Vuestros sobrinos, respondió Doña Ana dejando escapar lentamente sus palabras, se hallan salvos por ahora, gracias á mis activas diligencias; yo no he descansado un instante, y á la sazón no hay un solo indicio que pueda acreditar su culpabilidad.

—¿Pero esas pobres criaturas no renuncian á su intento? Oh! dime, dime por piedad todo cuanto sepas acerca de este particular.

—Respecto á que renuncien de una vez para siempre al odio que la conducta de su rey les inspira, cosa es que me parece bastante difícil, toda vez que no son ellos, sino el mismo D. Fernando quien dá lugar á semejantes desavenencias. El hombre que hoy ocupa el sόlio de Castilla profesa sin duda una ojeriza muy grande á mis pobres primos, y mucho será que mas tarde ó mas temprano no estalle de una vez este odio sordo, pero continuo, que algunos bastardos enemigos de nuestra familia han logrado despertar dentro de su corazon.

—Siendo así, observó la abadesa llena de dolor y humildad, Dios tenga misericordia de mis pobres sobrinos; pero yo creo que todo eso podria evitarse si ellos quisiesen oír mis amonestaciones y huyesen para siempre de aquella tierra inhospitalaria para ellos.

—No serian malos vuestros consejos; mas hay que advertir, señora, que los hombres constituidos en sociedad tienen en muchas ocasiones intereses de cuantía que les obligan á vivir en un pais determinado. Por otra par-

te, yo creo que el mayor de vuestros sobrinos tiene relaciones de amor, amor honesto, y que no debe inspiraros cuidado alguno, con una de las jóvenes mas notables de aquella capital.

—Siempre el mismo torbellino de la vida y las mismas pasiones que hacen del hombre un mísero juguete! Mis pobres sobrinos serán víctimas de lo uno y lo otro, y vos, hija mia, trabajareis en vano por salvarlos!

—Quien sabe! la bondad de Dios es muy grande; seguid favoreciendo la empresa noble y justa que he tomado sobre mí, y si por ventura el rey D. Jaime me necesitase, ya sabéis lo que teneis que hacer.

—Mucha repugnancia me cuesta, hija mia; pero ya que tanto te empeñas y en ello va la salvacion de esos pobres mancebos, quedo rogando á Dios que te ilumine y nos preste á todos su santísima y poderosa proteccion. ¿Piensas marchar hoy mismo?

—He cumplido mi deber viniendo á tranquilizaros, respondió la jóven levantándose y dando á sus palabras toda la dulzura posible; réstame solo que me deis vuestra bendicion y el tierno abrazo de despedida.

—¿Y á donde marchas ahora?

—Voy á mi casa de Sobradíel, á cuyo efecto, si no mandais otra cosa, me esperan abajo algunas personas de mi servidumbre.

La anciana religiosa estrechó amorosamente entre sus brazos á su sobrina, y esta bajó á donde aquellas la estaban esperando. Antes de abandonar el convento, hizo señas á un criado, el cual se acercó con muestras del mas profundo respeto.

—¿Sabéis que ha sido de Guzman? preguntó Doña Ana echando de menos á su escudero.

—No bien subísteis, contestó el criado, marchó con gran prisa, con objeto segun dijo, de cumplir vuestras órdenes.

—Está bien, partamos.

Un instante despues las puertas del convento volvieron á quedar herméticamente cerradas.

...

Era una deliciosa mañana de Abril, una de esas mañanas en que la naturaleza se nos presenta revestida de todos sus encantos, anunciando mejor que en ningun otro tiempo el poder del supremo Criador. La yerba que nace bajo nuestros pies, la flor que se entreabre, los árboles que brotan como por encanto, las aves que tienden sus alas bajo un cielo alegre y despejado; el mundo en fin lleno de pompa y magestad, alumbrado por los rayos de un sol vivificante; todo, repetimos, hacia que el espíritu del hombre pudiera elevarse

DICIEMBRE.

reconocido entreviendo y admirando la grandeza de Dios.

En esta hermosa mañana dos caballeros galopaban en sus hermosos corceles, apresurándose ambos por entrar en Zaragoza antes que el calor arreciase: eran D. Diego de Haro y su hijo D. Lope.

A pesar de lo precipitado de su marcha, no por eso pudieron dejar de admirarse contemplando los fértiles y pintorescos alrededores de la ciudad en todos tiempos invicta, cuyo suelo casi nada tiene que envidiar por la riqueza de su vegetacion, á las deleitosas y renombradas campiñas de Andalucía.

D. Lope, que por primera vez pisaba aquel territorio, estaba como embebecido al contemplar las bordadas márgenes del Ebro; pero su padre, mas prudente ó menos entusiasta por haber estado en Zaragoza, picó espuelas á su caballo y dirigió á su hijo estas palabras:

—Adelante, hijo mio; entremos lo mas pronto posible dentro de la poblacion que tampoco dejará de gustarte, que si bien podemos ya considerarnos en salvo, no es prudente á pesar de todo, demorar nuestra entrevista con el rey D. Jaime II.

—Si he de deciros lo que siento, contestó el jóven, yo no las tengo todas conmigo.

—¿Por qué, hijo mio? ¿Crees que no hallaremos proteccion en este pais?

—Lo ignoro; lo único que creo es que si por casualidad nos encierran en una prision, tarde y mal llegaríamos á vernos libres de ella.

—No hay que pensar de ese modo, Lope: Dios es grande y nosotros inocentes: tengamos fe en su divina voluntad.

—Sí, tengamos fe, padre mio; mas no sea tanta esta que vayamos á ponernos sin reparo en manos de los hombres, los cuales ni son tan grandes como Dios ni tan inocentes como nosotros en su mayor parte. Yo por mí no dejo de abrigar serios temores; y aunque sea una debilidad de que deba avergonzarme, confieso que de vez en cuando echo de menos á mi page.

—Tienes razon; es una debilidad como otra cualquiera; pero repito que procuremos entrar en Zaragoza y que obremos sincera y lealmente poniéndonos bajo la tutela de D. Jaime. Veremos ante todo á mi antiguo y noble amigo el vizconde de Castelnovo, á quien hace mucho tiempo que no he visto.

—Sí, iremos á verle; es un honrado y cumplido caballero á quien deseo además darle las gracias por el page que me recomendó.

—Pardiez! exclamó D. Diego impaciente, que en todas ocasiones eres el mismo; estás viendo el peligro que nos amenaza y sales

ahora con el page! Otras cosas tenemos en qué pensar de mucho mayor importancia.

—Sí, sí, es verdad; pero no debeis poner en olvido, mi querido padre, que á él debemos nuestra salvacion. Si en virtud de sus consejos no hubiésemos apelado á la fuga, en estos momentos gemiríamos dentro de una mazmorra.

—Tienes razon, hijo mio; la desgracia suele hacernos injustos; le debemos la libertad y acaso la vida, y quiera el cielo que algun dia podamos recompensarle.

Los dos suspendieron su diálogo al ver un hombre que montado en una poderosa mula y á buen paso se acercó á ellos. Este hombre, cuya edad podria ser la de unos cuarenta años, dejó entrever en su semblante así que los reconoció la mayor satisfaccion y regocijo.

—Buenos dias, señores de Haro, les dijo así que llegó hasta ellos.

Los interpelados se llenaron de asombro viendo que eran conocidos de aquel caminante.

—De qué nos conoceis? preguntó D. Lope como mas irreflexivo.

—Os conozco porque soy castellano como vos.

—Y con qué motivo venís por aquí? preguntó D. Diego con aspereza, creyendo que seria algun emisario del rey de Castilla enviado con objeto de prevenir al de Aragón en contra de ellos.

—Vengó, contestó el hombre con mucho aplomo, á garantizaros un buen recibimiento en la corte de Aragón.

—Un buen recibimiento! ¿qué estais hablando? exclamó D. Diego con desconfianza.

—Es que si te burlas, volvió á decir D. Lope, te juro por las calzas de mi abuelo, que he de molerte las costillas.

—Yo no me burlo de nadie, contestó el hombre con firmeza; soy mandado y cumplo mi obligacion.

—Sepamos quien te manda.

—Vuestro page.

—Siempre mi page! exclamó D. Lope entre alegre y confuso; pero así que no debo estrañar que siendo así que ese diablo de chicuelo debe ser oriundo de alguna raza de brujos; mas lo que no acierto á comprender es cómo habiéndole dejado en Valladolid me dais ahora en su nombre garantías de ser bien recibido en Zaragoza.

(Se continuará.)

Estamos en un todo conformes con el pensamiento del siguiente artículo, y por

eso vamos á trasladarlo íntegro á nuestras columnas. Para que se realice ofrecemos nuestra humilde cooperacion, y desde luego abrimos nuestro periódico á cuantas ideas y observaciones tiendan á apoyarlo.

MONUMENTO

Á LA

INMACULADA CONCEPCION DE MARIA SANTISIMA.

Debemos á uno de nuestros apreciables suscritores una idea feliz, muy digna de la religiosidad, de los gloriosos recuerdos y de la creciente devocion que siempre ha distinguido á la España hácia la *Madre del Salvador*, bajo la bella advocacion de la *Concepcion Inmaculada*.

Deseos nosotros de que un pensamiento tan religioso y laudable sea conocido de nuestros lectores, nos apresuramos á darle cabida, por si tan feliz idea pudiese ser aceptada. Cuando en la mayor parte de los paises católicos se ha demostrado de varios modos el júbilo que ha sentido la cristiandad con la definicion dogmática de la Inmaculada Concepcion; cuando hasta en algunos paises protestantes se ostentan en las calles públicas estatuas ó lienzo que representan á la Purísima Reina de los Angeles como prueba del regocijo que han experimentado todos los corazones católicos con el acto solemne al par que justo que hará inmortal el reinado de nuestro Soberano Pontífice Pio IX, la España, rubor y penas nos causa el decirlo, la protegida, la hija predilecta de María, no ha tenido aun, á pesar de haber trascurrido cerca de cuatro años desde la definicion de aquel sacrosanto misterio, una sola prueba permanente que ofrecer, como leve muestra de su gozo por tan fausto suceso, de su gratitud por los beneficios sin cuento que derrama sobre esta su querida cuanto desgraciada nacion la Reina de los cielos.

No culpemos á nadie por tan imperdonable falta, porque la culpa es de todos los que apelidamos Madre en nuestras aflicciones á aquella que nunca desmintió que lo es de los españoles que con fé la invocan.

La comunicacion que con el objeto indicado se nos dirige, se halla concebida en los términos siguientes:

Sr. Director de LA REGENERACION.

Motril 25 de Setiembre.

Muy señor mio y dueño: Próxima la festi-

vidad del Rosario, revelado á un santo español, castellano viejo, recuerdo de Lepanto, y del literato manco, prez de nuestros mas aventajados y piadosos prosistas, me tomo la libertad de poner en su noticia un proyecto que me ha ocurrido, por si juzga que su publicidad podrá convenir á los intereses religiosos y al mayor culto de la Inmaculada Patrona de las Españas. Es el siguiente:

Siendo cuarenta y nueve las provincias peninsulares, y pudiendo considerarse como otra provincia las posesiones ultramarinas;

Constando de cincuenta Ave Marías cada tercera parte de Rosario, que es lo que comunmente se reza todos los dias en las iglesias y casas particulares;

Teniendo cada provincia por patrona á María Santísima bajo una advocacion especial;

Haciendo cuatro años que al fin de la Letanía se dice *Regina sine labe concepta*;

Deseando por último que el daguerreotipo y el cromo se empleen fructuosamente en pró de la católica monarquía, y que todas las artes contribuyan á realzar una devocion que tiene por fundador al ilustre vástago de la familia heroica de los Guzmanes, emparentado con los reyes de España, cuyos infantes son bautizados en la misma pila que este varon famoso por su virtud y doctrina, pila que subsiste en Madrid en el convento de religiosas de su orden y nombre, archivo de tanto recuerdo histórico;

Me atrevo á rogar se anuncie una suscripcion que tendrá por objeto daguerreotipar, litografiar é iluminar láminas representativas de las 50 imágenes que en concepto de tutelares poseen las actuales provincias de España, con sujecion á estas bases:

Cada lámina irá dividida en tres partes: en la 1.^a aparecerá la vista del altar de la Virgen, patrona de cada provincia, tal como se halle hoy dia; en la 2.^a la vista de la fachada principal exterior del templo en que esté situado el altar antedicho; y en la 3.^a el escudo de armas propio de cada capital de provincia, con el rigorismo y ornato heráldico competente;

Al frente de cada lámina, y en otras tres divisiones simétricas, se imprimirá: 1.^o una breve reseña histórica de la advocacion que aparezca en la lámina, y de las causas en que se funda; 2.^o la Salutación Angélica hasta el Santa María; 3.^o la misma Salutación, desde el Santa María hasta concluir, con inclusion del *Gloria Patri* en las hojas que correspondan á finales de decenario.

En representacion de las posesiones ultra-

marinas, se pondrá la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe de Méjico.

Se harán además otras cinco láminas de igual forma, representativas la primera, de Sto. Domingo de Guzman, fundador del Rosario y del orden de los predicadores; la segunda, del Beato Simon de Rojas, del orden de trinitarios, apasionado del Ave María; la tercera de San Ildefonso, monge, arzobispo de Toledo, capellan de María y acérrimo apologista de su intacta virginidad; la cuarta, de San José Calasanz, fundador de las Escuelas Pias, dedicadas á la Madre de Dios; y la quinta, de San Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesus, y caballero de la Virgen, que le inspiró el admirable libro de los ejercicios espirituales, que tantas conversiones producen en todas partes.

En vez de la vista de la fachada principal exterior que llevan las otras láminas, irá en estas cinco la vista general de los pueblos en que nacieron los Santos ya referidos, y á los escudos de las provincias reemplazarán las armas de la Santa Primada Iglesia, y de las órdenes religiosas de que se hace mérito.

Al frente de estas cinco láminas se imprimirá un abreviado epitome de la vida de cada Santo, y la Oracion Dominical, dividida en dos partes que la componen.

En la portada irán los 15 Misterios, tambien en tres divisiones, y en cada una de ellas cinco. En los intermedios y en solas dos líneas el título *Rosario artístico-religioso*.

En seguida se colocará otra lámina, en la que habrá un medallon que represente la Inmaculada Concepcion de María: al lado derecho aparecerán los Sumos Pontífices, San Celestino y San Pio V, y un poquito mas bajo S. S. Pio IX: al lado izquierdo los Santos Reyes, Hermenegildo y Fernando, y mas retirada S. M. Isabel II, todos en actitud de adorar á la Virgen: en el centro se verá una matrona, simbolizando á España, lujosamente ataviada, con el manto, cruz é insignias propias de la real orden de Carlos III, que ofrecerá un canastillo de rosas y azucenas, representativas de la devocion del Rosario y de la antiquísima que en estos reinos se ha tributado siempre al recientemente definido misterio; y en la parte inferior, orlada de laureles, palmas y siempre-vivas, esta leyenda: "A la Inmaculada Concepcion de Maria, definida en 1854, su amada y amante España, cuna del Santo Rosario."

Despues de la última lámina irá impresa la Letanía, Salve, catálogo de indulgencias y cualquier otra cosa que se considere acertada.

Con este fausto motivo tengo el honor y el gusto de ofrecerme á sus órdenes atento S. S. Q. B. S. M.

MARIANO BATANERO."

CRONICA LOCAL.

Hemos estado á pique de tener un baile. Sin embargo, el baile se fué á pique.

No estaba en sazón, y esta fruta, como todas, es indispensable que madure en el árbol.

La primera condicion de un baile, si ha de ser tal, es la de que se susurre que va á haberlo mucho tiempo antes. De lo contrario pierde la mayor parte de su aliciente. Nos explicáremos.

Aquel podrá durar cuatro, cinco ó seis horas. Los preparativos duran siete ú ocho dias. En estos estriba mas especialmente la parte de interés. Por mas que una señorita esté en juego, por mas trages que tenga, ello es que al cambiar la estacion han cambiado las modas. Lo antiguo no sirve, ó cuando mas solo se utiliza para servir de base á una confeccion nueva. Es menester ponerse la mantilla, y pasar revista á toda la calle de Juan de Andas; es indispensable revolver todos los almacenes, vaciar todos los estantes, cubrir de telas todos los mostradores; entra luego la árdua tarea de escoger, de trazar, de calcular; viene despues el regateo y el tanto mas cuanto; ajústase al fin el género y córtanse las varas de la pieza: pero en estas entradas y salidas, en este corretear de acá para allá, en este ir y venir, en estos quince ó veinte reales en vara disputados palmo á palmo y á la bayoneta, no por cuestion de su valor, sino por cuestion de amor propio femenino que es la quinta esencia del amor propio, transcurren como nada un par de dias, si nó son tres. Y eso que no tenemos mas que la tela.

El tercero ó cuarto dia se dedica á la modista; pero esta se halla abrumada de trabajo; no puede comprometer una puntada mas. Fuerza es buscar otra y aun otras, hasta que al cabo se halla alguna que venciendo dificultades ofrece tener el trage listo para la misma mañana del baile. Antes no es humanamente posible.

Ha pasado otro dia.

Al inmediato, vuelta á endosar la mantilla, y á casa de Fanny ó de las Lalanne en busca de prendidos, de cintas ó de flores. En medio de aquella esquisita y portentosa variedad entra la vacilacion, la consulta y el consejo; y

en escoger lo que se ha de llevar y en ver lo que se piensa llevar transcurre la mañana. Otra mas de movimiento, de agitacion, de preparativos.

Los dias que restan se pasan en describir á las amigas el trage, el adorno, la flor: las noches en pensar si irá bonita, si estará elegante. Cuéntanse las horas, amanece el ansiado dia; cada vez que la campanilla suena parecele ver entrar por las puertas de su casa al esperado trage; la impaciencia comienza á consumirla, menudéanse los avisos, las respuestas no tranquilizan, y casi se desconfia ya, cuando un prolongado repiqueteo y un grito de alegría anuncian la llegada de la costurera. Faltan cinco horas. Pocas son para la gran obra de ponerse un trage. El coche tarda otra hora mas, y aun así hay que irse poniendo los guantes mientras se baja la escalera.

Quítese á un baile todo esto; quítense los siete ú ocho dias de preparativos de que antes hablamos, y ¿qué quedará de él? Algunas pocas horas; quizá de aburrimiento, quizá de mal humor. ¡Cuán poco valdría la posesion sin el aliciente de que le presta la esperanza!

Digamos algo de teatros.

El Principal se ha lanzado al elemento aéreo, y con los recios vientos de estos dias ha tomado vuelo. Sus alas son los hermanos Mariani, transfugas del Circo de Mr. Price. Entre sus admirables egercicios de agilidad y fuerza nos han dado uno completamente inédito; el de *Los hombres moscas*. No son ellos en efecto malos mosquitos.

Para aquellos de nuestros lectores que no lo conozcan, darémos aquí una breve descripcion de él.

Figúrense un trapecio en forma de escalera como de mas de tres varas, compuesta de siete travesaños, y colgada horizontalmente en lo alto de la embocadura del teatro. Una vez en ella, y despues de varios arriesgadísimos egercicios de trapecio, el menor de los hermanos principia por colgarse del último de los travesaños por medio de ambas manos, en cuya posicion oscila por algunos momentos hasta adquirir la velocidad que necesita; hecho lo cual, se desprende de improviso y va á asirse al travesaño inmediato, dejando sin aliento á los espectadores que contemplan con una admiracion mezclada de horror aquel peligrosísimo salto.

Pero aun eso, con ser ya tanto, aparece cosa fácilmente hacedera comparada con los grados que le aumenta el otro Mariani. Este comienza por salvar los peldaños de dos en dos, y acaba por saltar del un extremo al opuesto de la escalera. Una exclamacion de terror y

de sorpresa se arranca del pecho de todos los espectadores, y esta es seguida de gritos de aplauso y de palmadas que aturden el coliseo. El mismo Mariani, hecha esta gran prueba, se afirma con ambos muslos en la cuerda, y sin otro asidero se deja resbalar tranquilamente hasta el tablado.

Este es uno de aquellos espectáculos que deben verse, aunque no sea mas que una vez, porque es admirable; pero hace sudar por todas las coyunturas al que lo presencia. Es una emocion demasiado viva, demasiado terrible para que haya quien impunemente la soporte.

Nada diremos de los equilibrios y de las escenas de lucha, porque aunque son excelentes ofrecen harta menos novedad, toda vez que se han visto ya en lo general en el Circo durante su permanencia en él de ambos hermanos.

La Sra. Mariani y sus preciosos niños han empezado á tomar parte en los trabajos. De su funcion del jueves nos ocuparemos otro dia, porque hoy es fuerza digamos algo del Balon, que tambien merece su capítulo.

Digimos que este teatro acababa de hacer algunas buenas y recientes adquisiciones. Son estas la del Sr. Rodés, la de su hermana la señorita Jovita, y la del jóven Carvajal, que vale, y que podrá ser, si no se vicia, una buena cosa en su género. Merced á esto la parte dramática ha empezado á adquirir el lugar preferente que le corresponde en todo teatro, porque ella es la que representa el verdadero arte escénico tiempo ha tan injustamente menospreciado por consecuencia del mal gusto.

Así organizada, la compañía nos ha presentado producciones, que sin constituir absolutamente primores artísticos, porque eso requiere elementos muy varios y en los que entra por mucho lo general del público, son ciertamente aceptables, puesto que hay en ellas interés, movimiento, y sobre todo ingenio en los pormenores. *La hija del misterio*, *La reina por fuerza*, *El diablo y la bruja*, y algunas otras mas, se cuentan en este número, no entrando en él *El arte de hacer fortuna*, harto conocida ya para que nada digamos de ella. Con esto han alternado algunas piezas muy vistas, pero graciosas, y sobre todo muy regularmente ejecutadas.

Esto es decir que se entra allí en el camino conveniente, y que tenemos por el único seguro á la larga. Entretanto se aprovecha lo que depara la suerte, y á fé con buen resultado.

Se sigue dando *La Colegiala*. El Sr. Carvajal, que tiene, como llevamos dicho, buenas

dotes cómicas, pero que es por naturaleza anti-filarmónico, desempeña con aplauso nada escaso el papel de D. Emeterio Marranillos. Eso prueba lo que nosotros ha tiempo sospechábamos; y es que hay zarzuelas tales que para hacerlas y hasta para hacerlas bien no se necesita, no ya saber, pero ni siquiera poder cantar. Esto hace la apología mas completa del género.

El Trípili sigue *haciendo furor*. Es decir, que conservamos con fidelidad las tradiciones de nuestros abuelos.

En cuanto á otra clase de novedades locales, pocas han ocurrido, porque las aguas y los vientos que sin interrupcion han reinado durante el dichoso mes que entra con Todos Santos y sale con San Andrés apenas han dejado á cada cuál sacar la cabeza de su agujero. Sin embargo, en uno de sus poquísimos intervalos lúcidos se verificó en la Academia de Bellas Artes la distribucion de premios á los artistas que los habian ganado en la Exposicion pública reciente, y á los que los habian merecido entre los alumnos de la Escuela. El acto estuvo, como siempre, concurridísimo y solemne, ayudando á ello la circunstancia de ser aniversario del natalicio de S. A. el príncipe de Asturias.

Por último, el huracan del martes tronchó el espigon de la cruz y veleta del campanario de San Antonio. El ángel que figuraba esta última tomó vuelo. Por fortuna á nadie le cogió debajo, porque la noche no estaba para tomar el fresco.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

MODAS DE PARIS.

El invierno se anuncia rigoroso; todos se apiñan al rededor del hogar, y se compran vestidos abrigados y confortables, porque es seguro que nadie en nuestros dias piensa en renovar las escentricidades siguientes que nos traen las antiguas crónicas.

Existia bajo el reinado de Felipe quinto de Francia, una sociedad llamada *La liga de los amantes*. El fin principal de los miembros de esta asociacion ó cofradía, compuesta de hombres y mujeres, era probar el esceso de su amor por su tenacidad en arrostrar el rigor de las estaciones. Todos los miembros de ella debian, al tenor de sus estatutos, vestir muy ligeramente durante los grandes frios, y por el contrario abrigarse en los calores mas insoportables. En el estío se les veia al re-

dedor del fuego; en el invierno, por el contrario, habria sido vergonzoso para ellos el encender lumbre en sus habitaciones: sus chimeneas solo estaban ocupadas por follage y flores.

Nuestro siglo no ofrece semejantes ejemplos de valor y de sacrificio. Todavía se jura; pero no se llega nunca hasta las pruebas justificativas de la sinceridad de las protestas, y los juramentos son una moneda corriente que se gasta sin contarla.

Entremos en el capítulo de trages y adornos, y pasemos revista á algunos de nuestros almacenes de mas fama para saber lo que se hace, y por consiguiente lo que se ha de usar.

Mme. Alejandrina tiene un género propio suyo. Sus sombreros poseen un sello de juventud y de coquetería que raras veces se halla en otra parte. Además, sus adornos són de una estremada variedad, de un esquisito buen gusto y de una perfecta elegancia. Todo esto esplica el inmenso éxito alcanzado y conservado tiempo ha por su establecimiento.

Los sombreros de calle y visitas son muy sencillos, porque sobre casi todos ellos se colocan velos. Solamente los destinados para teatros y conciertos son los que se adornan con plumas ó flores.

Citemos algunos.

Sombrero de calle, en terciopelo verde Azoff. Fondo plegado. Al lado izquierdo del ala lazo mariposa de largos cabos, orlado de encage negro. En el interior del sombrero carrilleras de blonda y bandó de terciopelo, interrumpido por un pequeño lazo de encage negro.

Segundo modelo.

Sombrero de raso malva. A la izquierda de la calota ó copa, lazo de terciopelo malva de cabos largos. Bajo el ala diadema de penamamientos en terciopelo de matiz apropiado.

Bridas anchas del mismo terciopelo.

Tercer modelo.

Sombrero de gran equipo en terciopelo real blanco. La calota es redonda, un cuadrado de rica blonda se redobra sobre ella. Pequeña blonda cayendo en el borde del ala. A la izquierda, ramo de plumas blancas, coquetamente colocado á la altura de la oreja. Una de las cabezas de pluma se enrolla hasta el borde del ala. En el interior del sombrero bandó de amapolas en terciopelo.

Los sombreros de crespon, cubiertos de tul mosqueado negro, permanecen de moda para este invierno; pero el fondo solo es el que se hace de géneros diafanos; el ala y el bavolet son de terciopelo.

Entre las confecciones de la casa Gallois-Gignoux, *el manto breton, la pelliza Maintenon*

y *el albornoz-pelliza* con volante de terciopelo, tienen un fabuloso éxito.

La pasamanería se emplea con profusion en las guarniciones de trages y confecciones. Esto evita el trabajo de imaginar otras guarniciones, y sobre todo el de tenerlas que hacer.

Mlle. Richards, una de nuestras mas afeadas modistas, me ha mostrado ayer tres vestidos adornados con pasamanería de *La Glaneuse*.

El primero, que era de terciopelo picado gris de hierro y de corpiño montante con cinco puntas, tenia de alto á bajo la famosa guarnicion de que tanto se habla, y que se conoce con el nombre de *mariposa*.

Sobre el segundo, de muaré *antique* verde esmeralda, se habian colocado alamares bajo la forma de montantes y del color del traje. El corpiño llevaba una forragera con bellotas formando tres ramas sobre los hombros.

El tercero era de terciopelo negro y descotado. Era traje sociedad. Sobre el corpiño, berta magnífica hecha de franja *castellana*, con cuentas de azabache.

La nagua tenia montantes de pasamanería mezclados con azabaches.

Por prendido, redecilla *castellana* con azabaches, cayendo en racimos á uno y otro lado.

Los encages se emplearán sobre todos los ricos equipos de noche como volantes y montantes.

Habiendo vuelto á ser de moda la mezcla del negro con los colores claros, se llevarán muchos volantes de Chantilly.

Las máquinas de coser americanas, del sistema *Singer*, han obtenido la medalla de primera clase de la esposicion de Dijon, en concurrencia con otros diferentes sistemas franceses y estrangeros. Su éxito en la industria, en el ejército y en la marina es un hecho que las coloca en primera línea.

Ahora toma tu vuelo, graciosa *Silfide* mia, y ve á llevar á las bellas damas que te han adoptado por mensajera, los decretos importantes de la moda.

MME. JULIETTE LORMEAU.

ESPLICACION DE LA HOJA DE PATRONES Y BORDADOS.

Abrigo polaco: puede hacerse de terciopelo ó paño, adornándose con encages rizados ó pasamanería.

N.º 1 Delantero.

2 Espalda.

- 3 Costado.
4 Manga.
5 Conjunto del abrigo.

- N.º 1 Gran dibujo para mantel de altar, volante, guarnicion etc.: al pasado y sobre puestos.
2 y 3 Cuello y puño: al pasado y bordado ligero.
4 y 5 Id. id.: al pasado y ojete, sobre muselina ó chaconada.
6 Guarnicion: punto inglés y feston.
7 Id. para enaguas: id.
8 y 9 Cuello y puños: al pasado.
10 Embutido: punto inglés.
11 Guarnicion: al pasado y lunares.
12 Embutido: id.
13 Guarnicion: punto inglés y ojete calados.
14 Id.: feston.
15 Id.: id., punto inglés y ojete calados.
16 Id.: punto inglés.
17 Esquina para pañuelo, Paca: al pasado y bordado ligero.
18 Id. O. P. id.
19 Clara. id.
20 Esquina para pañuelo A. D. id.
21 C. G. id.
22 J. B. enlazadas: id.
23 J. M. E.: id.: id.
24 R. B.: id.: id.
25 L. P.: id.: id.
26 T. U.: id.
27 A. A.: id.
28 C. L. enlazadas: id.
29 M. C.: id.: id.
30 H. T.: bordado ligero.
31 A. R. y ancla al pasado.
32 A. P.: al pasado.
33 A. M.: id.
34 A. L.: id.
35 O. S.: id.
36 Octavia: id. fino.
37 J. G.: id.
38 Embutido: id. y bordado ligero.
39 Dibujo para camisa de señora tomado desde el medio del delantero al de la espalda: al pasado, ojete y lunares.
40 Guarnicion para la manga: id. id. id.
41 Conjunto de la camisa, la cual se corta como otra cualquiera.
42 y 43 Cuello y puño: al pasado y bordado ligero.
44 y 45 Id. id.: feston y bordado ligero.

- 46 Esquina para pañuelo, P. K.: al pasado.
47 Id. Isabel Buhigas: id.
48 Id. A. R.: id. y bordado ligero.
49 Id. A. R. enlazadas: id. y lunares.
50 Id. E. E. id. y lunares.
51 Id. A. S. enlazadas: id., feston y bordado ligero.
52 Dibujo para petaca: se borda sobre terciopelo, moiré antique ó casimir, con cordoncillo fino de oro, ó punto de cadeneta con hilo fino de oro. Tambien puede bordarse sobre piel de Rusia con cordoncillo de seda verde oscuro ó con cordoncillo de oro, preferible á cualquiera combinacion de colores por su sencillez y elegancia.
53 Esquina para pañuelo A. F. R.: al pasado y bordado ligero.
54 Id. F. A.: feston.
55 Id. Y. A.: al pasado y bordado ligero.
56 Id. María: id. feston y bordado ligero.
57 Id. A. A.: feston y lunares.
58 Id. A. B. enlazadas: al pasado, calados y bordado ligero.
59 Guarnicion: al pasado rico, con sobrepuestos y calados.
60 Id. al pasado y bordado ligero.
61 Id. id. y lunares.
62 Esquina para pañuelo, B. R. enlazadas, al pasado, feston y lunares.
63 J. N. S. enlazadas: al pasado.
64 J. N. S. id.: id., feston y bordado ligero.
65 E. S.: id.
66 P. J.: id.
67 J. A.: id.
68 Esquina para pañuelo, J. C. J.: al pasado y feston.
69 C. T.: id.
70 Elena: id.
71 Dolores Sanchez: id.
72 Elisa: id.
73 Embutido: bordado ligero.
74 Pañuelo: feston, ojete y calados.
75 J. N. C. enlazadas: al pasado.

CORRESPONDENCIA.

Sra. D^a C. T.: *Ayamonte*.—En el patron de Enero próximo será V. servida.

Sr. Don R. S. P.: *Albacete*.—Queda anotada su suscripcion por 3 meses y remitidos los números de Noviembre por el correo del 27 del pasado.

Sra. D^a F. L.: *Jaen*.—Por el correo del 27 se le remitieron á V. los números publicados desde 1º de

Octubre, y queda anotada su suscripcion en la forma que espresa.

Sr. Don F. M. P.: *Madrid*.—Queda modificada la direccion.

Sr. Don R. S.: *Coruña*.—Queda V. suscrito por un año desde 1º del actual. No existiendo todas las obras de regalo que ha elegido, las hemos sustituido con otras de valor equivalente. El día 2 se le han remitido.

Sra. D^a C. R.: *Sanlúcar*.—Suscrita hasta fin del que rige.

Sra. del P. D^a J. R.: *Ginzo de Limia*.—Queda V. suscrita por 3 meses desde 1º de Noviembre. El día 3 se le han remitido los números publicados.

Sra. D^a F. C. V.: *Córdoba*.—Queda V. suscrita hasta fin de Febrero de 1859.

Sr. Don A. S. F. N.: *Córdoba*.—Id.

Sra. D^a C. J.: *Chiclana*.—Id.

Sr. Don M. S.: *Jaén*.—Quedan suscritas por 3 meses desde 1º del actual la Sra. D^a V. G., y la Srta. D^a C. S. y B.

Sra. D^a R. M.: *Chiclana*.—Se recibieron los sellos para pago de su suscripcion del mes de Noviembre.

Sr. Don M. G. M.: *Los Barrios*.—Queda tomada nota de una suscripcion por 6 meses, desde 1º del actual, á nombre de la Srta. D^a C. G. El importe del semestre asciende á 54 rvn., que puede remesarlos cuando lo tenga á bien.

Sr. Don J. G. T.: *Málaga*.—Se ha recibido el importe de suscripcion hasta fin de Enero de 1859.

Sra. D^a C. M. de M.: *Montellanos*.—Suscrita hasta fin del actual.

Sr. Don J. G.: *Madrid*.—Se recibió en sellos de franqueo el importe de su suscripcion por 3 meses, á contar desde 1º del corriente. Las iniciales que pide se estamparán en el patron de Enero próximo.

ADVERTENCIA.

La demora experimentada en la recepcion de los figurines de este número, y el deseo de no atrasar su reparto mas allá de lo estrictamente necesario, impiden el que acompañemos á las láminas que los representan su explicacion. Esta se dará en el inmediato número.

OTRA.

Como obsequio á nuestros suscritores les repartimos hoy una lámina de la Inmaculada Concepcion, aprovechando la circunstancia de la proximidad á tan grande y solemne fiesta. Nada mejor que esto pudiéramos ofrecerle nosotros, ni creemos que nada habria de ser mejor recibido por las personas á quienes lo dedicamos.

SUMARIO.—*La mujer, estudios morales, por*

la Sra. Doña María del Pilar Simués de Marco, segunda serie.—*Noche-Buena, por D. Antonio de Trueba.*—*Nuevo manual de señoritas.*—*Las siete virtudes capitales, por Doña Robustiana Armiño de Cuesta.*—*Canto épico. A la batalla de las Navas de Tolosa, por D. Juan Miguel de Arrambide.*—*Revista de Madrid.*—*Rugier de Lauriga, novela original por Doña Felicitas Asin de Carrillo.*—*Monumento á la Inmaculada Concepcion de María Santísima.*—*Crónica local, por D. Francisco Flores Arenas.*—*Modas de París, por Mme. Juliette Lormeau.*—*Explicacion de las hojas cuádruples de patrones y bordados.*—*Advertencias.*—*Correspondencia.*—*Geroglífico.*

Acompañamos al presente número el figurin doble para modelo de vestidos y manteletas de señoras, así como el dibujo de tapicería en colores, respetivos al mes anterior y que estábamos en deber por las causas enunciadas en los números anteriores.

Además, acompañamos tambien las láminas respectivas al cuaderno de hoy que son:

Lámina de la Inmaculada Concepcion.—*Figurin para vestidos de señoras.*—*Hoja cuádruple de patrones, bordados, cifras etc., etc.*

NOTA.—Antes de terminarse el presente mes daremos un figurin para vestidos de niños.

Solucion del geroglífico anterior.

Cuidados ajenos matan al asno.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1858.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de D. Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion, núm. 11.

